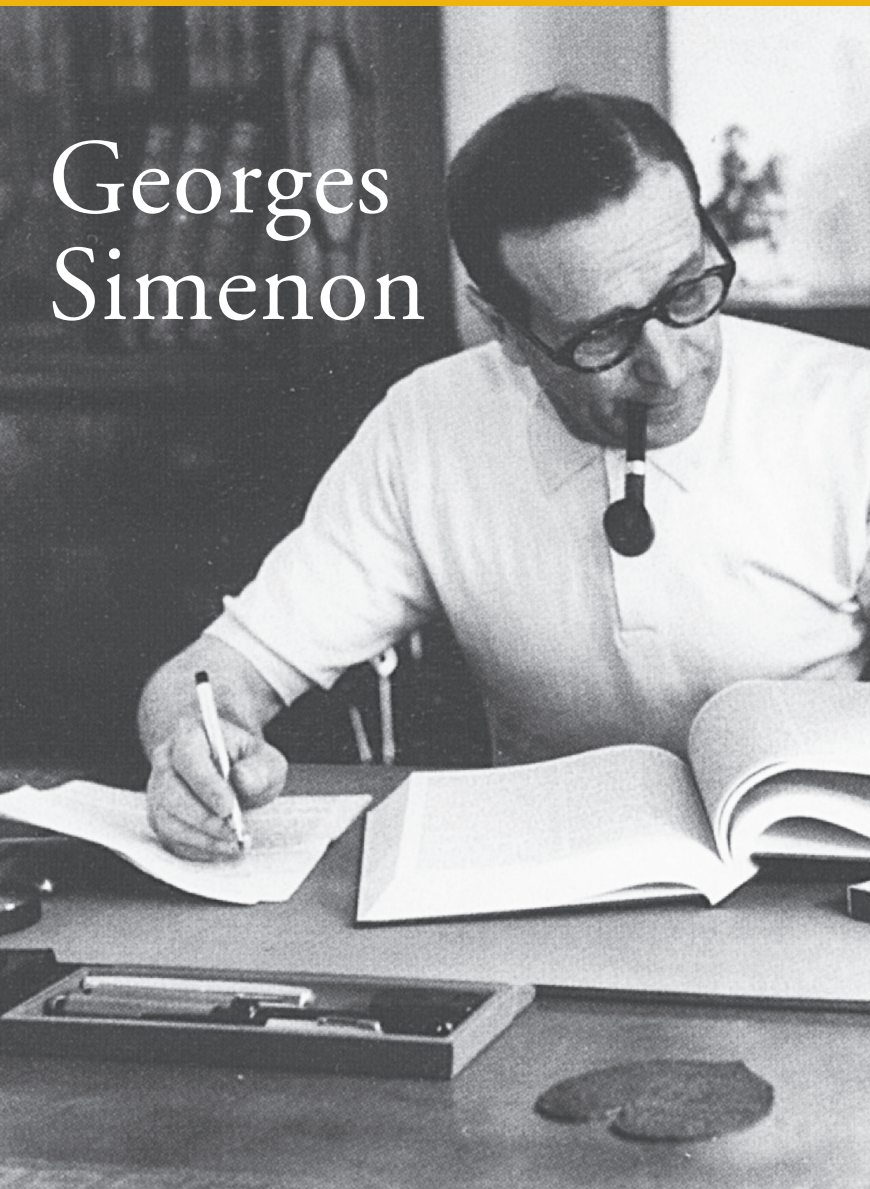


A C A N T I L A D O

# Georges Simenon




# GEORGES SIMENON

BARCELONA 2012



A CANTILADO

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.  
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

- © del texto de presentación, 2012 by Santiago Vallcorba Plana  
L'HOMME DANS LA RUE © 1950 by Georges Simenon Limited, todos  
los derechos reservados  
«El hombre en la calle» © 2012 by Georges Simenon Limited, todos  
los derechos reservados  
GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados  
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados  
© de la traducción del relato «Un hombre en la calle», por cortesía  
de los herederos de Carlos Pujol  
© del artículo «El narrador de historias», por cortesía de Joan de Sagarra  
© del artículo «El crimen como síntesis», por cortesía de Rafael Conte / El País, S.L.  
© del artículo «El caso Simenón», 1994 por cortesía de Antonio Muñoz Molina  
© del artículo «Simenon, el crimen perfecto», por cortesía  
de los herederos de Carlos Pujol  
© del artículo «The Escape Artist», by John Banville  
© de la traducción del artículo «The Escape Artist», 2012  
by José Manuel Álvarez-Flórez  
© del artículo «Quoi de neuf?», por cortesía de Pierre Assouline  
© de las traducciones del artículo «Quoi de neuf?» y las correspondencias,  
2012 by Lluís Maria Todó Vila  
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

DEPÓSITO LEGAL: B. 21 928-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Para sorpresa del lector asiduo, aún no es un hecho suficientemente aceptado que Simenon fue uno de los grandes escritores del siglo xx. Esta evidencia queda eclipsada (como sucedió alguna vez con Stefan Zweig o con otros autores muy leídos en su tiempo) por su gran cantidad de obra, así como por la extraordinaria popularidad de la que gozó en su día. Si el éxito ya es, en alguna medida, suspecto para el exigente despistado, el hecho de que Simenon, además, escribiera una serie de novelas policíacas (los llamados «Casos de Maigret») ha hecho que, para el lector poco advertido, las novelas de Simenon, policíacas o no, no sean sino una lectura de distracción de la que no quepa esperar más gozo que el que termina en el mismo momento en que se cierra el libro. Es decir, han sido consideradas meras novelas de género, equiparables a las de cualquiera de los escritores también de género que le fueron contemporáneos. El error de este juicio se hace evidente en el mismo momento en que el lector sin prejuicios empieza a leer cualquier obra del escritor belga: se asombrará al verse arrastrado con mano firme por un narrador poderoso. Quien se acerque a Simenon no podrá dejar de sentir la extraordinaria fascinación con que, en unos

ambientes obsesivos y quién sabe si amorales, es capaz de acercarnos a lo más profundo del ser humano. Sin juicios, sin más lentes que las de aumento, Simenon nos ofrece un panorama diseccionado de la naturaleza humana como pocos (quizá solamente Balzac) han sabido retratar. Por fortuna, su extraordinaria calidad empieza a ser reconocida hoy en día por sus lectores: popularidad y excelencia no son dos cualidades irreconciliables.

JAUME VALLCORBA



EL HOMBRE EN LA CALLE  
*por* GEORGES SIMENON

Traducción del francés  
de Carlos Pujol



Los cuatro hombres iban apretujados en el taxi. En París helaba. A las siete y media de la mañana la ciudad estaba lívida, el viento hacía correr a ras de suelo un polvillo de hielo.

El más delgado de los cuatro, en un asiento abatible, tenía un cigarrillo pegado al labio inferior e iba esposado. El más voluminoso, de mandíbula fuerte, envuelto en un recio abrigo y con un sombrero hongo en la cabeza, fumaba en pipa viendo desfilas ante sus ojos la verja del Bois de Boulogne.

—¿Le hago el número de la pataleta?—propuso amablemente el hombre de las esposas—. ¿Con contorsiones, espumarajos, insultos y todo eso?

Maigret gruñó, quitándole el cigarrillo de los labios y abriendo la portezuela, porque ya habían llegado a la Porte de Bagatelle:

—No quieras pasarte de listo.

Los caminos del Bois estaban desiertos, blancos y duros como el mármol. Unas diez personas pateaban el suelo en el ángulo de un sendero para jinetes, y un fotógrafo quiso retratar al grupo que se acercaba. Pero P'tit Louis, tal como le habían recomendado, levantó los brazos delante de la cara.

Maigret, con aire malhumorado, volvía la cabeza



como un oso, observándolo todo: los edificios nuevos del Boulevard Richard-Wallace, todavía con los postigos cerrados, unos obreros en bicicleta que venían de Puteaux, un tranvía iluminado, dos porteras que caminaban con las manos violáceas de frío.

—¿Todo a punto?—preguntó.

La víspera, había permitido a los periódicos que publicaran la información siguiente:

#### EL CRIMEN DE BAGATELLE

En esta ocasión la policía no ha tardado mucho en aclarar un asunto que parecía ofrecer dificultades insuperables. Como es sabido, el lunes por la mañana un guarda del Bois de Boulogne descubrió en uno de los senderos, a unos cien metros de la Porte de Bagatelle, el cadáver de un hombre que pudo ser identificado inmediatamente.

Se trata de Ernest Borms, médico vienés muy conocido que vivía en Neuilly desde hacía varios años. Borms vestía de etiqueta. Alguien debió de atacarle en la noche del domingo al lunes cuando volvía a su piso, en el Boulevard Richard-Wallace.

Una bala disparada a quemarropa con un revólver de pequeño calibre lo alcanzó en el corazón.

Borms, que aún era joven, de buena apariencia, muy elegante, llevaba una intensa vida mundana.

Apenas cuarenta y ocho horas después de este crimen, la Policía Judicial acaba de proceder a una detención. Mañana por la mañana, entre las siete y las ocho, se procederá a la reconstrucción del crimen en el lugar de los hechos.

Posteriormente, en el Quai des Orfèvres se hablaría de este caso como tal vez el más característico de los procedimientos de Maigret; pero cuando lo mencionaban en su presencia, apartaba la cabeza de un modo extraño y emitía un gruñido.

¡Vamos allá! Todo estaba dispuesto. Muy pocos mirones, tal como había previsto. Por algo había elegido aquella hora matinal. Y además, entre las diez o quince personas que daban patadas en el suelo podía reconocerse a varios inspectores que adoptaban un aire lo más inocente posible, y uno de ellos, Torrence, a quien le encantaba disfrazarse, se había vestido de repartidor de leche, lo cual hizo que su jefe se encogiera de hombros.

¡Con tal de que P'tit Louis no exagerara! Era un «cliente» suyo, un delincuente muy conocido, a quien habían detenido el día anterior mientras practicaba su oficio de carterista en el metro.

—Mañana por la mañana nos echarás una mano, y ya procuraremos que esta vez no salgas muy mal librado...

Le habían sacado de la prisión.

—¡Adelante!—gruñó Maigret—. Cuando oíste pasos estabas escondido en este rincón, ¿verdad?

—Así es, señor comisario. Yo tenía hambre, ¿me comprende? Y no me quedaba ni un céntimo. Entonces me dije que un tipo que volvía a su casa de esmoquin seguro que llevaba la cartera repleta... «¡La bolsa o la vida!», le soplé al oído. Y le juro que no fue cul-

pa mía si se disparó. Supongo que fue el frío lo que me hizo que el dedo apretara el gatillo...

Las once de la mañana. Maigret recorría su despacho del Quai des Orfèvres a grandes zancadas, fumaba una pipa tras otra, y no soltaba el teléfono.

—¡Oiga! ¿Es usted, jefe? Soy Lucas. He seguido al viejo que parecía interesarse por la reconstrucción. Una pista falsa: es un maniático que todas las mañanas da un paseíto por el Bois.

—De acuerdo, puedes volver.

Once y cuarto.

—Oiga, ¿es el jefe? Soy Torrence. He seguido al joven que usted me indicó mirándome de reojo. Participa en todos los concursos de detectives. Trabaja de dependiente en una tienda de los Campos Elíseos. ¿Puedo regresar?

Hasta las doce menos cinco no recibió una llamada de Janvier.

—Tengo que ser breve, jefe, no sea que el pájaro eche a volar. Lo vigilo por el espejito incrustado en la puerta de la cabina. Estoy en el bar del Nain Jaune, en el Boulevard Rochechouart... Sí, me ha visto. No tiene la conciencia tranquila. Al cruzar el Sena ha tirado algo al río. Ha intentado despistarme diez veces. ¿Lo espero aquí?

Así empezó una cacería que iba a prolongarse durante cinco días y cinco noches, por entre transeúns-

tes apresurados, en un París indiferente, de bar en bar, de taberna en taberna, por un lado un hombre solo, por otro Maigret y sus inspectores, que se turbanaban, y que, a fin de cuentas, acabaron tan exhaustos como su perseguido.

Maigret bajó del taxi delante del Nain Jaune, a la hora del aperitivo, y encontró a Janvier acodado en el mostrador. No se tomó la molestia de adoptar un aire inocente. ¡Al contrario!

—¿Cuál es?

Con la barbilla, el inspector le indicó un hombre sentado en un rincón, delante de un velador. El hombre los miraba con sus pupilas claras, de un azul grisáceo, que daban a su fisonomía un aire extranjero. ¿Nórdico? ¿Eslavo? Más bien eslavo. Llevaba un abrigo gris, un traje de buenas hechuras, un sombrero flexible.

Unos treinta y cinco años, aparentemente. Estaba pálido, recién afeitado.

—¿Qué quiere tomar, jefe? ¿Un Picon caliente?

—De acuerdo, un Picon caliente. ¿Qué bebe él?

—Aguardiente. Va por el quinto de la mañana. Y no le extrañe si me trabuco un poco al hablar. Si siguiéndolo he tenido que entrar en todas las tabernas. Tiene mucho aguante, ¿sabe usted?... Mírelo, lleva toda la mañana así. Éste no se da por vencido por nada del mundo.

Era verdad. Y era raro. Aquello no podía llamarse arrogancia, ni desafío. El hombre sencillamente los

miraba. Si estaba inquieto, no dejaba que nada trasluciese. Su rostro expresaba más bien tristeza, pero una tristeza tranquila, reflexiva.

—En Bagatelle, cuando se dio cuenta de que usted no lo perdía de vista, se fue enseguida, y yo detrás. Aún no había andado cien metros cuando ya había vuelto la cabeza. Entonces, en vez de salir del Bois, como parecía su intención, echó a andar a grandes zancadas por el primer sendero que encontró. Volvió la cabeza otra vez. Me reconoció. Se sentó en un banco a pesar del frío, y yo me paré también. Varias veces tuve la impresión de que quería dirigirme la palabra, pero acabó por alejarse encogiéndose de hombros.

»En la Porte Dauphine estuve a punto de perderlo, porque tomó un taxi, pero tuve la suerte de encontrar otro casi al momento. Bajó en la Place de l'Opéra, y se metió precipitadamente en el metro. Yo iba siguiéndolo, cambiamos cinco veces de línea, hasta que empezó a comprender que de esta manera no podría despistarme.

»Volvimos a subir a la superficie. Estábamos en la Place Clichy. Desde entonces no hemos dejado de ir de bar en bar. Yo esperaba que entrara en un lugar propicio, con una cabina telefónica desde donde pudiera vigilarlo. Cuando me ha visto telefonar, ha hecho una mueca irónica y triste. Luego, yo hubiese jurado que lo estaba esperando a usted.

—Telefona a «casa». Que Lucas y Torrence se preparen para venir corriendo al primer aviso. Y tam-

bién un fotografía de Identidad Judicial, con una cámara muy pequeña.

—¡Camarero!—llamó el desconocido—. ¿Qué le debo?

—Tres cincuenta.

—Apostaría a que es polaco—murmuró Maigret a Janvier—. En marcha.

No fueron muy lejos. En la Place Blanche el hombre entró en un pequeño restaurante; ellos lo siguieron y se sentaron a una mesa que estaba junto a la suya. Era un restaurante italiano, y comieron pasta.

A las tres, Lucas fue a relevar a Janvier cuando éste se hallaba con Maigret en una cervecería frente a la Gare du Nord.

—¿Y el fotografía?—preguntó Maigret.

—Espera en la calle para cogerlo desprevenido cuando salga.

Y, en efecto, cuando el polaco salió, después de haber leído los periódicos, un inspector se acercó rápidamente a él. A menos de un metro apretó el disparador. El hombre se llevó enseguida la mano a la cara, pero ya era demasiado tarde, y entonces, demostrando que comprendía, dirigió a Maigret una mirada de reproche.

—Amigo mío—monologaba el comisario—, tienes muy buenas razones para no llevarnos a tu domicilio. Pero si tú tienes paciencia, yo tengo tanta como tú...

Al oscurecer, había copos de nieve revoloteando

por las calles, mientras el desconocido andaba, con las manos en los bolsillos, esperando la hora de acostarse.

—¿Lo relevo durante la noche, jefe?—propuso Lucas.

—¡No! Prefiero que te ocupes de la fotografía. En primer lugar, consulta los archivos. Luego ve a ver en los ambientes extranjeros. Este tipo conoce París. Seguro que hace tiempo que vive aquí. Alguien ha de conocerlo.

—¿Y si publicásemos su foto en los periódicos?

Maigret miró a su subordinado con desdén. ¿O sea que Lucas, que trabajaba con él desde hacía tantos años, aún no comprendía? ¿Acaso la policía tenía un solo indicio? ¡Nada! ¡Ni un testimonio! Matan a un hombre de noche en el Bois de Boulogne. No se encuentra el arma. Ni una huella. El doctor Borms vive solo, y su único sirviente ignora adónde fue la víspera.

—¡Haz lo que te digo! Largo...

A las doce de la noche por fin el hombre se decide a cruzar el umbral de un hotel. Maigret lo cruza también. Es un hotel de segunda o incluso de tercera categoría.

—Quisiera una habitación.

—¿Me rellena esta ficha, por favor?

La rellena entre titubeos, con los dedos entumecidos por el frío. Mira a Maigret de arriba abajo, como diciéndole: «¡Si cree que me importa que me esté mirando! Escribiré lo que se me ocurra».

Y, en efecto, escribe el primer nombre y apellido que le viene a la cabeza: Nikolas Slaatkovich, domiciliado en Cracovia, que había llegado a París el día anterior.

Todo falso, evidentemente. Maigret telefona a la Policía Judicial. Revisan los expedientes de los pisos amueblados, los registros de extranjeros, llaman a los puestos fronterizos. No existe ningún Nikolas Slaatkovich.

—¿Usted también desea una habitación?—pregunta el dueño con mala cara, porque ya se huele que está ante un policía.

—No, gracias. Pasaré la noche en la escalera.

Es más seguro. Se sienta en un peldaño, delante de la puerta de la habitación número 7. Por dos veces esta puerta se abre. El hombre escudriña la oscuridad con la mirada, ve la silueta de Maigret, y termina por acostarse. Por la mañana, la barba le ha crecido, tiene las mejillas rasposas. No ha podido cambiarse de ropa. Ni siquiera tiene peine, y lleva el pelo alborotado.

Lucas acaba de llegar.

—¿Lo relevo, jefe?

Maigret no se resigna a dejar a su desconocido. Le ha visto pagar la habitación. Le ha visto palidecer. Y adivina lo que pasa.

En efecto, poco después, en un bar en el que toman, por así decirlo, codo con codo, un café con leche y unos *croissants*, el hombre, sin ocultarse lo más



mínimo, cuenta el dinero que le queda. Un billete de cien francos, dos monedas de veinte, una de diez y calderilla. Sus labios se estiran en una mueca de amargura.

¡Bueno! Con eso no irá muy lejos. Cuando llegó al Bois de Boulogne, acababa de salir de su casa, porque iba recién afeitado, sin una mota de polvo, sin una arruga en el traje. ¿Tenía la intención de volver al cabo de poco? Ni siquiera se preocupó por el dinero que llevaba encima.

Maigret adivina lo que tiró al Sena: documentos de identidad, tal vez tarjetas de visita.

Quiere evitar a toda costa que se descubra dónde vive.

Y vuelve a empezar el callejeo típico de los que no tienen techo, con paradas delante de las tiendas, de los puestos de vendedores ambulantes, o en los bares, en los que hay que entrar de vez en cuando, aunque sólo sea para sentarse, sobre todo porque en la calle hace frío, o para leer los periódicos que suelen tener.

¡Ciento cincuenta francos! A mediodía, nada de restaurante. El hombre se conforma con huevos duros, que come de pie ante un mostrador, y una cerveza, mientras Maigret engulle unos bocadillos.

El otro duda mucho antes de entrar en un cine. Dentro del bolsillo su mano juega con las monedas. Vale más seguir. El hombre anda y anda...

¡Por cierto! Hay un detalle que llama la atención de Maigret. En su agotadora caminata, el hombre re-

corre siempre determinados barrios: de la Trinité a la Place Clichy; de la Place Clichy a Barbès, pasando por la Rue Caulaincourt; de Barbès a la Gare du Nord y a la Rue La Fayette...

¿No será que teme que en otro lugar lo reconozcan? Seguramente elige los barrios más alejados de su casa o de su hotel, los que no suele frecuentar.

Como tantos extranjeros, ¿irá a menudo a Montparnasse? ¿Y a los alrededores del Panteón?

Su ropa indica una posición media. Son prendas cómodas, sobrias, de buena hechura. Sin duda, profesión liberal. ¡Y lleva alianza! ¡O sea que está casado!

Maigret ha tenido que resignarse a cederle el puesto a Torrence. Pasa rápidamente por su casa. Madame Maigret está contrariada: su hermana ha venido de Orléans, ella ha preparado una cena muy especial, y su marido, después de afeitarse y cambiarse de ropa, vuelve a irse anunciando que no sabe cuándo regresará.

El comisario se precipita al Quai des Orfèvres.

—¿No hay nada de Lucas para mí?

¡Sí! Hay una nota del brigadier. Éste ha enseñado la fotografía en numerosos círculos polacos y rusos. Nadie lo conoce. Tampoco nada en los grupos políticos. Como último recurso, ha sacado numerosas copias de la famosa fotografía. En todos los barrios de París hay agentes que van de puerta en puerta, de portería en portería, y mostrando la foto a los dueños de los bares y a los camareros.

—¡Oiga! ¿El comisario Maigret? Soy una acomodadora del Ciné-Actualités, en el Boulevard de Strasbourg... Hay aquí un señor, monsieur Torrence, que me ha dicho que le telefonee para decirle que está aquí, pero que no se atreva a salir de la sala.

¡No es tonto el hombre! Ha escogido el mejor lugar para pasar algunas horas: con calefacción y por poco precio, sólo dos francos la entrada... ¡y sesión continua.

Se ha establecido una curiosa intimidad entre perseguidor y perseguido, entre el hombre cuya barba crece, cuya ropa se arruga, y Maigret, que no lo pierde de vista ni un instante. Incluso hay un detalle divertido. Los dos se han resfriado. Tienen la nariz enrojecida. Casi al mismo tiempo sacan el pañuelo del bolsillo, y en una ocasión el hombre no ha podido evitar una vaga sonrisa al ver cómo Maigret suelta una serie de estornudos.

Un hotel sucio, en el Boulevard de la Chapelle, después de cinco sesiones continuas de documentales. En el registro, el mismo nombre. Y de nuevo Maigret se instala en un peldaño de la escalera. Pero como es un *meublé*, cada diez minutos tiene que dejar pasar a parejas que lo miran con extrañeza, y las mujeres se quedan intranquilas.

Cuando se le acaben los recursos, cuando los nervios ya no resistan más, ¿se decidirá el hombre a vol-

ver a su casa? En una cervecería en la que se queda bastante rato y se quita el abrigo gris, Maigret no vacila en tomar la prenda y mirar el interior del cuello. El abrigo se compró en Old Englad, en el Boulevard des Italiens. Es de confección, y la casa debió de vender docenas de abrigos parecidos. Sin embargo, hay un indicio. Es del invierno anterior. Así pues, el desconocido lleva en París por lo menos un año. Y en el curso de un año seguro que ha tenido que recalar en algún lugar...

Maigret se dedica a tomar ponches para matar el resfriado. El otro va soltando el dinero con cuentagotas. Toma cafés, pero sin siquiera añadirles licor. Se alimenta de *croissants* y huevos duros.

Las noticias de «casa» son siempre las mismas: ¡nada nuevo! Nadie reconoce la fotografía del polaco. No se ha denunciado ninguna desaparición.

Por lo que respecta al muerto, tampoco nada. Tenía un consultorio importante. Se ganaba muy bien la vida, no se metía en política, salía mucho y, como se ocupaba sobre todo de enfermedades nerviosas, entre sus pacientes abundaban las mujeres.

Era una experiencia que Maigret aún no había tenido ocasión de llevar hasta el final: ¿en cuánto tiempo un hombre bien educado, aseado, bien vestido, pierde su barniz exterior cuando tiene que vagabundear por la calle?

¡Cuatro días! Ahora ya podía decirlo. Primero la barba. La primera mañana, el hombre parecía un abogado o un médico, un arquitecto, un industrial; uno se lo imaginaba saliendo de un confortable piso. Una barba de cuatro días lo ha transformado hasta el punto de que, si hubiesen publicado su retrato en los periódicos evocando el caso del Bois de Boulogne, la gente hubiera dicho: «¡Se ve a la legua que tiene cara de asesino!».

Por el frío y el dormir mal, se le había enrojecido el borde de los párpados, y el resfriado le ponía un toque de fiebre en los pómulos. Los zapatos, que habían perdido el lustre, comenzaban a deformarse. El abrigo empezaba a ajarse y los pantalones tenían rodilleras.

Incluso se le notaba en la manera de andar. Ya no andaba de la misma forma: iba pegado a las paredes, bajaba la vista cuando los transeúntes lo miraban... Un detalle más: volvía la cabeza al pasar ante un restaurante donde había clientes instalados en las mesas ante copiosos platos.

«¡Tus últimos veinte francos, amigo mío!—calculaba Maigret—. ¿Y después?».

Lucas, Torrence y Janvier lo relevaban de vez en cuando, pero él les cedía el puesto con la menor frecuencia posible. Entraba en el Quai des Orfèvres como un huracán, veía al jefe.

—Sería mejor que descansara, Maigret.

Un Maigret huraño, susceptible, como si estuviera dominado por sentimientos contradictorios.

—Mi deber es descubrir al asesino, ¿no?

—Evidentemente...

—¡Pues en marcha!—suspiraba con una especie de rencor en la voz—. Me pregunto dónde dormiré esta noche.

¡Los últimos veinte francos! ¡Menos aún! Cuando se reunió con Torrence, éste le dijo que el hombre había comido tres huevos duros y tomado dos cafés con licor en un bar de la esquina de la Rue Montmartre.

—Ocho francos con cincuenta... Le quedan once francos con cincuenta.

Lo admiraba. No sólo no se escondía, sino que andaba a su misma altura, a veces a su lado, y tenía que contenerse para no dirigirle la palabra.

«¡Vamos a ver, hombre! ¿No crees que ya sería hora de cantar? En algún sitio te espera una casa con calefacción, una cama, unas zapatillas, una navaja de afeitar, ¿verdad? Y una buena cena...».

¡Pero no! El hombre vagó bajo las luces eléctricas de Les Halles, como quien ya no sabe adónde ir, entre los montones de coles y de zanahorias, apartándose al oír el silbato del tren, y al paso de los camiones de los hortelanos.

«¡Ya no puedes pagarte una habitación!».

Aquella noche el Servicio Meteorológico registró ocho grados bajo cero. El hombre se compró unas salchichas calientes que una vendedora preparaba al aire libre. ¡Apestaría a ajo y a grasa toda la noche!

En cierto momento intentó introducirse en un pa-

bellón y echarse en un rinconcito. Un agente, al que Maigret no tuvo tiempo de dar instrucciones, lo echó de allí. Ahora cojeaba. Los muelles. El Pont des Arts. ¡Con tal de que no se le ocurriera tirarse al Sena! Maigret no se sentía con ánimos para saltar tras él al agua negra, que empezaba a arrastrar pedazos de hielo.

Iba por el muelle de la sirga. Unos vagabundos re-funfuñaban. Bajo los puentes, los buenos lugares ya estaban ocupados.

En una calleja, cerca de la Place Maubert, a través de los cristales de una extraña taberna se veía a unos viejos que dormían con la cabeza apoyada sobre la mesa. ¡Por veinte céntimos, incluyendo un vaso de vino tinto! El hombre miró a Maigret por entre la oscuridad. Esbozó un ademán fatalista y empujó la puerta. En el tiempo que ésta se abrió y volvió a cerrarse, Maigret recibió una repugnante tufarada en el rostro. Prefirió quedarse en la calle. Llamó a un agente, lo dejó vigilando en la acera y fue a telefonar a Lucas, que esa noche estaba de guardia.

—Hace una hora que estamos buscándolo, jefe. ¡Lo hemos identificado! Ha sido gracias a una portera. El tipo se llama Stephan Strevzki, arquitecto, treinta y cuatro años, nacido en Varsovia, instalado en Francia desde hace tres años. Trabaja con un decorador del Faubourg Saint-Honoré. Está casado con una húngara, una mujer guapísima que se llama Dora. Vive en Passy, Rue de la Pompe, en un piso por el que paga doce mil francos de alquiler. Nada de po-

lítica... La portera nunca vio a la víctima. Stephan salió de su casa el lunes por la mañana más temprano de lo que solía. La sorprendió que no regresara, pero dejó de preocuparse al ver que...

—¿Qué hora es?

—Las tres y media. Estoy solo aquí. Me he hecho subir cerveza pero está muy fría...

—Óyeme bien, Lucas. Irás... ¡Sí! ¡Ya lo sé! Es demasiado tarde para los de la mañana, pero en los de la tarde... ¿Entendido?

Aquella mañana el hombre llevaba pegado a su ropa un sordo olor a miseria. Tenía los ojos más hundidos. La mirada que dirigió a Maigret, en la pálida mañana, contenía el más patético de los reproches.

¿No lo habían conducido, poco a poco, pero a una velocidad que no dejaba de ser vertiginosa, hasta lo más bajo del escalafón? Se levantó el cuello del abrigo. No salió del barrio. Con mal sabor de boca, se metió en una taberna que acababa de abrir y se bebió, una tras otra, cuatro copas, como para arrancarse el espantoso regusto que aquella noche le había dejado en la garganta y en el pecho.

¡Qué más daba! ¡Ahora ya no le quedaba nada! Sólo podía echar a andar recorriendo calles que el hielo hacía resbaladizas. Debía de tener agujetas. Cojeaba de la pierna izquierda. De vez en cuando se detenía y miraba a su alrededor con desesperación.



Como ya no entraba en ningún café donde hubiera teléfono, a Maigret le era imposible que lo relevaran. ¡Otra vez los muelles! ¡Y ese gesto maquinal del hombre revolviendo entre los libros de lance, pasando las páginas, a veces asegurándose de la autenticidad de un grabado o de una estampa! Un viento helado barría el Sena. El agua tintineaba en la proa de las chalanas en movimiento, porque los pedacitos de hielo entrechocaban como si fueran lentejuelas.

Desde lejos, Maigret vio el edificio de la Policía Judicial, la ventana de su despacho. Su cuñada ya había regresado a Orléans. Con tal de que Lucas...

No sabía aún que aquella atroz investigación se convertiría en clásica, y que generaciones de inspectores repetirían sus detalles a los novatos. Pero lo más tonto era que, por encima de todo, lo conmovía un detalle ridículo: el hombre tenía un grano en la frente, un grano que, fijándose bien, seguramente era un forúnculo, de un color que iba pasando de rojo a morado.

Con tal de que Lucas...

A las doce, el hombre, que decididamente conocía muy bien París, se dirigió hacia donde repartían la sopa popular, al final del Boulevard Saint-Germain. Y se puso en la fila de andrajosos. Un viejo le dirigió la palabra, pero él fingió no entender. Entonces otro, con la cara picada de viruela, le habló en ruso.

Maigret cruzó a la acera de enfrente, vaciló, se vio obligado a comer unos bocadillos en una taberna, y

volvió la espalda a medias para que el otro, a través de los cristales, no le viera comer.

Aquellos pobres diablos avanzaban lentamente, entraban en grupos de cuatro o seis en la sala donde les servían escudillas de sopa caliente. La cola se alargaba. De vez en cuando, los de atrás empujaban, y algunos protestaban.

La una. Un chiquillo apareció en el extremo de la calle. Corría, adelantando el cuerpo.

—*L'Intran... L'Intran...*

También él trataba de llegar antes que los demás. Sabía desde lejos qué transeúntes lo comprarían. No hizo en menor caso de la hilera de mendigos.

—*L'Intran...*

Humildemente, el hombre alzó la mano y dijo.

—¡Eh, eh!

Los demás lo miraron. ¿O sea que aún tenía algunos céntimos para comprarse un periódico?

Maigret también llamó al vendedor, desplegó la hoja y, aliviado, encontró en la primera página lo que buscaba, la fotografía de una mujer joven, bella, sonriente.

#### INQUIETANTE DESAPARICIÓN

Se nos comunica que desde hace cuatro días ha desaparecido una joven polaca, madame Dora Strevzki, que no ha vuelto a su domicilio en Passy, Rue de la Pompe, número 17.

A ello se añade el hecho alarmante de que el marido de

la desaparecida, monsieur Stephan Strevzki, también desapareció de su domicilio la víspera, es decir, el lunes, y la portera, que ha avisado a la policía, declara...».

Al hombre sólo le faltaban por recorrer cinco o seis metros, en la fila que lo arrastraba, para tener derecho a su escudilla de sopa humeante. En ese momento salió de la cola, cruzó la calzada, donde estuvo a punto de que lo atropellara un autobús, y llegó a la otra acera, para encontrarse justo ante Maigret.

—¡Estoy a su disposición!—se limitó a decir—. Lo acompaño adonde quiera. Contestaré todas sus preguntas.

Estaban todos en el pasillo de la Policía Judicial: Lucas, Janvier, Torrence, además de otros que no habían intervenido en el caso pero que estaban al corriente. Al pasar, Lucas le hizo una señal a Maigret que quería decir:

«¡Asunto resuelto!».

Una puerta que se abre y que vuelve a cerrarse. Cerveza y bocadillos encima de la mesa.

—Antes que nada, coma un poco.

Se siente incómodo. No consigue tragar. Por fin el hombre...

—Ya que ella se ha ido y está a salvo en alguna parte...

Maigret sintió la necesidad de atizar la estufa.

—Cuando leí en los periódicos la noticia del crimen... Ya hacía tiempo que sospechaba que Dora me engañaba con aquel hombre. También sabía que no era su única amante. Yo conocía bien a Dora, su carácter impetuoso, ¿me comprenden? Sin duda él intentó librarse de ella, y yo la sabía capaz de... Ella siempre llevaba en el bolso un revólver de nácar... Cuando los periódicos anunciaron la detención del asesino y la reconstrucción del crimen, quise ver...

Maigret hubiera querido poder decir, como los policías ingleses:

«Le advierto que todo lo que declare podrá utilizarse en su contra».

No se había quitado el abrigo. Seguía llevando el sombrero puesto.

—Ahora que ella está a salvo... Porque supongo...

Miró a su alrededor con angustia. Una sospecha cruzó por su mente.

—Debió de comprender, al ver que yo no volvía. Yo sabía que esto acabaría así, que Borms no era hombre para ella, que ella nunca iba aceptar servirle de pasatiempo, y que entonces volvería a mí. El domingo por la tarde salió sola, como solía hacer en estos últimos tiempos. Seguramente lo mató cuando...

Maigret se sonó. Se sonó durante largo rato. Un rayo de sol, de ese sol puntiagudo de invierno que acompaña a los grandes fríos, entraba por la ventana. El grano, el forúnculo, brillaba en la frente de aquel a quien no podía llamar más que «el hombre».

—Su esposa lo mató, sí, cuando comprendió que se había burlado de ella. Y usted comprendió que ella lo había matado. Y entonces no quiso...

Se acercó bruscamente al polaco.

—Le pido perdón, amigo—masculló como si hablase con un antiguo compañero—. Me habían encargado descubrir la verdad, ¿no? Mi deber era...

Abrió la puerta.

—Que entre madame Dora Strevzki. Lucas, sigue tú, yo...

Y en la Policía Judicial nadie volvió a verlo durante dos días. El jefe le telefoneó a su casa.

—Bueno, Maigret. Ya debe de saber que ella lo ha confesado todo y que... A propósito, ¿cómo va su resfriado? Me han dicho...

—No es nada, estoy muy bien. En veinticuatro horas... ¿Y él?

—¿Cómo dice? ¿Quién?

—¡Él!

—¡Ah, ya comprendo! Ha contratado al mejor abogado de París. Confía en que... Ya sabe, los crímenes pasionales...

Maigret volvió a acostarse y quedó atontado a fuerza de ponches y de aspirinas. Posteriormente, cuando alguien quería hablarle de aquella investigación...:

—¿Qué investigación?—gruñía, para desanimar a los preguntones.

Y el hombre iba a verlo una o dos veces por semana, y le tenía al corriente de las esperanzas del abogado.

No fue una absolución completa: un año de libertad vigilada.

Y fue el hombre quien enseñó a Maigret a jugar al ajedrez.

*Nieul-sur-Mer, 1939*



JOAN DE SAGARRA  
EL NARRADOR DE HISTORIAS

«*Je suis un homme comme les autres*», no se cansaba de repetir el viejo Simenon, repantigado en una banalidad que a nadie engañaba. A fin de cuentas, no es dado a cualquier mortal escribir quinientos títulos—traducidos a un montón de lenguas, a todas las lenguas—. ¿Por qué esa obstinación del fenómeno en negar su genialidad? Hará cosa de nueve años, un joven crítico literario, Denis Tillinac, le encargó al comisario Maigret que investigase las andanzas del escritor Georges Simenon, alias Georges Sim, Christian Brulls, Jean du Perry, Georges d'Isly, Georges Martin, Luc Dorsan, Gom Gut, Kim, Maurice Perthus, Germain d'Antibes, etcétera, etcétera, de la Lieja natal hasta las orillas del lago Lemán (*Le mystère Simenon*, de Denis Tillinac, Calman-Lévy, París, 1980). De regreso de Suiza, el comisario, después de zamparse uno de esos platos canallas—un *miroton* de buey—que le cocina la señora Maigret, se desabrocha los dos últimos botones del chaleco, sorbe golosamente su copita de alcohol de ciruela, carga la pipa y se dispone a darle el parte a su mujer.

«*Alors? C'est un sale type*», pregunta la señora Maigret. «No precisamente—le responde el comisario—, pero tampoco un buen tipo [*brave type*]. Es al-



guien que se siente incómodo en su propio pellejo. Rico y célebre, cuando en realidad no estaba hecho para ello. ¿Para qué estaba hecho? Sin duda, para quedarse en su sitio, pero no lo habría soportado».

#### FALSAS PISTAS

El verdadero Simenon no está en sus memorias, interminables memorias que el viejo dictaba; memorias plagadas de falsas pistas, de embustes. El verdadero Simenon hay que pillarlo en sus historias, en sus personajes. Tras ellos corre el adolescente, el eterno adolescente Georges Simenon, en un vano intento de evadirse, de rebelarse, de franquear la línea de demarcación que separa la vida ordinaria de la aventura.

Pegado, literalmente pegado a las polainas de Maigret, su único amigo, contempla a sus semejantes, «*sans pitié et sans haine*». Qué no daría por parecerse a ellos. «*Je suis un homme comme les autres*». Mentira podrida. Simenon tiene miedo a cruzar la línea de demarcación. Por eso no se cansa de escribir, de inventar, de contar historias. «El narrador de historias», el apodo que los indígenas de Samoa le dieron a Stevenson; ése era el *único* título que decía ambicionar Georges Simenon, al que no le dieron el Nobel ni fue consagrado inmortal por la Academia francesa. Ellos también tuvieron miedo; no de cruzar la línea de demarcación, sino de ponerse en ridículo. Algo que a Georges Simenon, que llegó a escribir una his-

toria contra reloj, con un tema impuesto de antemano y encerrado en una jaula de cristal, a la vista del público, siempre le dio cien patadas.

En su género, que él inventó, fue único. Luego, a Dios gracias, vino, y con qué fuerza, Patrick Modiano. Hoy, Manolo Vázquez Montalbán volverá a leer, por enésima vez y no sin un ligero sobresalto, las treinta últimas páginas de *La veuve Couderc*, mientras yo soñaré, por enésima vez, que me tomo el segundo picón en la barra de Fouquet's, junto a monsieur Émile, el gran Émile Maugin de *Les volets verts*. Sí, Simenon, el adolescente Georges Simenon, sigue vivo; pegado a las polainas de Maigret, a nuestra insobornable memoria.

*7 de septiembre de 1989, El País*



RAFAEL CONTE

## EL CRIMEN COMO SÍNTESIS

La figura y la obra de Georges Simenon desborda todos los límites que se suelen imponer tanto a la novela policíaca como a la literatura propiamente dicha. No se trata solamente de un fabricante—la tan cacareada «empresa Simenon»—, ni de un novelista popular, ni de un escritor tan sólo, ni acaso de un fenómeno sociológico. Con la mayor humildad, economía de medios, honestidad profesional y trabajo constante y hasta monstruosamente tenaz, que le ha llevado hasta el punto de morir dictando a sus ochenta y seis años de edad, se ha elevado a una extraña y solitaria categoría donde parece haber convertido la marginalidad en centro de todo. Autor de medio millar de libros, vendidos a través de versiones en más de cuarenta idiomas con más de quinientos millones de ejemplares, su caso es único, aparte, abrumador. Fue el primer narrador policial que se impuso como escritor a parte entera, un conservador que revolucionó el género, un novelista que heredó sus procedimientos del naturalismo de Balzac y Maupassant y, sobre todo, un observador aplastante capaz de crear un universo narrativo tan sencillo como universal.

Uno de sus personajes, el del inspector Maigret, ha calado tan profundamente en la sociedad contempo-

ránea que se ha convertido en una especie de mito, cientos de veces repetido en sus novelas, en el teatro, en las pantallas grandes y pequeñas, que ha pasado a ocupar un lugar preferente en la panoplia de esos héroes de cartón que pueblan los signos y señales de la modernidad. Pero Maigret no tiene nada de espectacular, no es un héroe arriesgado a lo Sam Spade, ni un escéptico relativista como Philip Marlowe, ni un genio ridículo como Hercule Poirot, ni un prodigio del cálculo como el Dupin de Poe, ni un deductor genial como Sherlock Holmes. Maigret es casi un hombre de la calle, fornido y tenaz, sí, pero tranquilo, lento, parsimonioso y hasta familiar. Es un detective de la clase media, buen ciudadano, honrado funcionario, un poco *bon vivant* gastrónomo y pacienzudo. El antihéroe por excelencia, cuya única virtud notable es su infinita capacidad de comprensión.

Cuando nació Maigret, la novela policíaca internacional estaba dominada por la narrativa del enigma y la deducción, por la escuela anglosajona, con nombres tan fructíferos y deslumbradores como los de Conan Doyle, S.S. Van Dine, Agatha Christie, y así sucesivamente. La tradición francesa, la de Gaboriau y Maurice Leblanc, con aquellos personajes tan divertidos como desfasados que iban de Arsène Lupin a Rouletabille o Fantômas, heredaba a los antiguos folletinistas del pasado y creaba aventuras simples y esquemáticas. Cuando apareció Maigret, Simenon llevaba ya muchos años trabajando como un poseso,

escribiendo sin parar cuentos y relatos en revistas, convertido en autor torrencial de novelas populares escritas para mecanógrafas y peluqueras.

Aquel joven belga, de familia pequeñoburguesa venida a menos, tuvo que ganarse la vida desde su primera juventud, a los quince años, primero como periodista en Bélgica y luego en París, donde hasta llegó a instalarse en una jaula de cristal a la vista del público para escribir sus novelas y relatos, con una rapidez vertiginosa. En principio llegó a la novela policial a través del drama, de la tragedia, de lo pasional, pero cuando apareció Maigret, en 1929, ya todo había terminado. La puerta del triunfo se le abrió de par en par, y, el joven y prolífico escritor se encontró de bruces con Georges Simenon para toda la vida.

Su éxito se anticipó a lo que luego los grandes escritores de la llamada *novela negra* expresaron con más claridad. Si Dashiell Hammett arrancó a la novela policíaca de la mesa camilla del enigma y la deducción—del artificio, la convencionalidad y la insinceridad—y la lanzó a la calle, a la acción desenfadada, al aire libre de la crueldad y las pasiones, Simenon lo hizo a su vez con mayor cautela y medida. Humanizó el enigma, normalizó el crimen, convirtió el asesinato en un problema psicológico, real, comprensible y cercano. Utilizó para ello todos los medios técnicos que la literatura popular de su tiempo le concedió: pero los simplificó, los hizo accesibles y cercanos al lector, y siempre tuvo en cuenta que lo popular

no es sino la divulgación de los hallazgos previos de la gran literatura de siempre. Esto es, Maigret venía directamente de Balzac, y lo demás era pura profesión y un rigor y equilibrio poco usuales en el género.

#### RESPECTO Y ADMIRACIÓN

De ahí la admiración de los André Gide, François Mauriac, Jean Paulhan o Henry Miller. Fue también Simenon el primero en ser considerado como un escritor a secas, sin adjetivos, como un artista. Gide se admiraba ante su capacidad de ritmo y composición, ante sus retratos sencillos y rápidos, y Henry Miller lamentaba haber llegado a leerlo tan tarde, pues podía habérselo dado todo hecho, bien digerido y divulgado, antes que los demás. Y por esta doble razón Georges Simenon merece el reconocimiento, el respeto y la admiración de cualquier lector: por haber dado las cartas de nobleza a un género que dejó de serlo en sus manos, y por haber humanizado el enigma hasta convertirlo en un problema personal. Como todo crimen lo es, como toda pasión, como todo lo que por ajeno que parezca no deja por eso de ser humano.

*7 de septiembre de 1989, El País*

ANTONIO MUÑOZ MOLINA  
EL CASO SIMENON

[...] Lo que asombra de Simenon no es que escribiera tantas novelas, sino el hecho de que prácticamente todas sean magníficas y de que estén dotadas además de algo equivalente a una sustancia adictiva, de una poderosa nicotina literaria en virtud de la cual el interés o la admiración del lector se convierten rápidamente en un hábito. El disfrute de un hábito descansa sobre la abundancia y la facilidad del acceso a los dones que lo han provocado. Los adictos a la lectura necesitamos un suministro regular y permanente de palabras impresas, sea en periódicos o en libros, y cuando alguna dificultad nos estorba la satisfacción de nuestro vicio, miramos a nuestro alrededor en busca de sucedáneos y somos capaces de leer las instrucciones de montaje y uso de una aspiradora o todos y cada uno de los carteles y avisos que hay en el interior de un autobús.

Una vez, en el Talgo que me llevaba de Granada a Madrid, a mí se me acabó el libro que estaba leyendo a las dos horas de viaje, y me vi afrontando con horror las cuatro que todavía me faltaban, sin nada que leer, como un expedicionario que calculó mal sus provisiones y se ve reducido a una miserable escasez. En un asiento próximo al mío, al otro lado del pasillo,



una mujer mucho más previsora o más avariciosa que yo desplegabá en torno suyo una insultante riqueza de libros, periódicos y revistas ilustradas, y yo le dirigiá esas miradas indirectas del hambriento que ronda por las inmediaciones de un banquete.

Al cabo de un rato ya no pude resistir más: por culpa de las ganas de leer fui capaz hasta de sobreponerme a la inhibición que me provocan siempre los desconocidos y tuve el valor de pedirle un libro a aquella viajera. Con la generosidad desconcertante de quien no parece conceder demasiado valor a algo que posee y que nosotros ansiamos, la mujer me invitó con un gesto distraído a escoger lo que quisiera, en medio de la abundancia del asiento contiguo al suyo, y en mi estado de extrema necesidad yo casi me sentí como Sancho Panza cuando lo animan en las bodas de Camacho a comer lo que le dé la gana: si él encontró suntuosas ollas en las que hervían gallinas, lo primero que yo vi fue una edición de bolsillo de *La Regenta*, que es seguramente uno de los libros más adictivos de nuestra literatura, y ya no levanté los ojos del libro hasta llegar a Madrid, satisfecho, ahíto de palabras, resuelto a volver desde ese mismo día a mis lecturas pasionales de Clarín.

*La Regenta* es una novela de una gozosa longitud, pero aunque uno intente administrarse sus páginas acaba por terminarla después de no mucho tiempo, y en cualquier caso no existen muchos más libros de Clarín, de modo que la adicción no llega a arraigar,

o se disuelve en el hábito más general de la literatura. Con Simenon ocurre la circunstancia prodigiosa de que por muchas novelas suyas que se lean siempre quedan muchas más por leer, lo cual elimina el riesgo más temido por los adictos de cualquier especie, que es el del agotamiento de la droga que aman. Hacia los veinte años yo descubrí las novelas de Raymond Chandler, y desde el primer capítulo de la primera de ellas que tuve en mis manos ya me hice devoto de Philip Marlowe, pero al cabo de unos meses ya había leído y releído todas sus aventuras. Las de Margret llevo años leyéndolas, pero siempre estoy descubriendo otras nuevas, y algunas veces, en la librería de algún aeropuerto francés, me hago con un alijo de nuevos títulos o de historias que ya leí hace tiempo y cuyos argumentos se me borraron, permitiéndome ahora el deleite menor, pero muy valioso, de disfrutarlos como por primera vez.

Los mejores escritores nunca vienen a satisfacer los deseos de un público que ya existía antes de ellos, y menos aún de un mercado, como se dice tan impudicamente ahora: lo que hacen esos escritores es exigir e inventar un tipo de lector, una modalidad de lectura que sin ellos no habría existido. Simenon, el novelista que no paraba nunca de escribir, inventó un lector simétrico que no para nunca de leer, un adicto feliz a un vicio legal, saludable y barato, un intoxicado por la literatura que sin embargo no sufre los efectos debilitadores que ésta a veces puede provocar.

Justo en los tiempos en que la intelectualidad francesa se ahogaba para siempre en teoricismos y propalaba la muerte de la novela, Georges Simenon alcanzaba un éxito insultante escribiendo sin pausa novelas incomparables, edificando un mundo tan populoso de seres imaginarios y de retratos del natural como el de Balzac o el de Proust.

De todas las historias inventadas por Simenon, seguramente la única mediocre es la de su propia vida, un cuento de desmesura y megalomanía que habría merecido el desdén del sólido comisario Jules Maigret. Una de tantas leyendas desmentida por los biógrafos, pero reiterada hasta por presuntos testigos, lo representa escribiendo encerrado en una jaula de cristal, rodeado por el público de las galerías Lafayette de París. A esa caricatura del escritor yo prefiero el retrato de uno cualquiera de sus lectores, yo mismo, ese hombre o esa mujer que es el arquetipo del acto y de la felicidad de la lectura, alguien tumbado o recostado en una cama, con un libro de Simenon en las manos, con un cierto número de volúmenes de Simenon sobre la mesa de noche, ya dispuestos y fieles, esperando el momento de prolongar una adicción felizmente incurable.

*12 de octubre de 1994, El País*

CARLOS PUJOL

## SIMENON, EL CRIMEN PERFECTO EL UNIVERSO DE MAIGRET

Autor de pulso amazónico cuyo legado comprende más de seiscientos títulos, buceador obsesivo en los perfiles oscuros de la realidad cotidiana, Georges Simenon nació hace un siglo en la localidad belga de Lieja. Como creador del popular comisario Maigret, singular criatura de ficción que le hizo conocido en el mundo entero, hizo trascender a universos literarios de altura y rigor la novela de género insuflándole un magistral aliento de autenticidad social y reflexión moral.

En febrero de 1903—en la ciudad belga de Lieja—nació un viernes 13, día de mal agüero, y su madre le inscribió en el registro civil como nacido unas horas antes, en la noche del 12, para conjurar la mala suerte. Apenas dar a luz, madame Simenon ya estaba disconforme con lo que había hecho su hijo, y corregía la realidad para mejorarla, adaptándola a como veía ella las cosas.

Así fue, una madre segura de tener razón, inquieta, dominante y con una clara preferencia por su hijo menor; el padre, que tenía un modesto empleo en una compañía de seguros, apocado, feliz en su tranquila mediocridad y dominado por su mujer. El hijo mayor, Georges, se sentirá muy próximo a él.

De esta niñez, el futuro escritor—que es un buen alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas—va a salir con una lección bien aprendida: el mundo se divide en dos grandes bandos, los que pegan y los que reciben los golpes. Hay que estar con estos últimos, pero ser fuerte a toda costa para no encontrarse entre las víctimas.

#### LA FANTASÍA COMO EVASIÓN

El niño bueno, que ya septuagenario escribirá en su *Carta a mi madre*: «Nunca nos quisimos, sólo lo aparentábamos», es más ambicioso que el padre, y muy pronto encauzará sus sueños hacia la ficción; novelas de aventuras, como las de Dumas o Stevenson, o de pasiones que acaban mal, como Stendhal o Balzac. La fantasía que resuelve conflictos dolorosos e irresolubles.

Deja la escuela, es dependiente en una librería y por fin con sólo quince años colabora en un periódico local. Gacetillas, sucesos, entrevistas, campañas de prensa según el gusto de sus lectores (una muy resonante, de violento antisemitismo, anuncia lo que será una de sus manías de siempre). Escribir para que, por encima de todo, nos lean.

Firma «George Sim», fuma en pipa, aprende en la calle cómo es la gente, cómo son las cosas, para luego contarlos; ya con la convicción de que nuestro pasado y lo que nos rodea determina lo que somos y lo

que hacemos. Es un fatalista con pocas ilusiones—si acaso la de triunfar—, todo Simenon ya está ahí, sólo falta que con la edad madure.

El padre ha muerto (pero seguirá en su memoria, y le va a idealizar en muchos de sus libros, un perdedor), dice que a los cuarenta años va a ser ministro o académico, y busca horizontes más amplios, Francia. «Prefiero morir de hambre a reconocer que París me ha vencido», suelta imitando a Rastignac. O todo o nada, sin reparar en los medios, es 1922.

Empieza desde abajo con un torrente de novelas populares que escribe a toda velocidad y firma con quince seudónimos. Trabaja a borbotones adquiriendo oficio, todo vale para tener público, eso sí, no muy exigente, y dinero, es decir, la buena vida. Porque no es un anacoreta, más bien todo lo contrario, un hedonista laborioso y desesperado.

Tiene muy en cuenta el consejo que le dio Colette: «Nada de literatura, y usted escribirá mejor». Y en torno a 1930 publica ya con su verdadero nombre—por fin cree ser él—novelas policíacas que son diferentes: un pretexto argumental no muy sólido, escasos ejercicios de deducción, poca lógica, no demasiado interés por la clave del asunto, ¿quién lo hizo?, ¿quién es el criminal? Eso no es lo que más le importa.

El misterio se desplaza insensiblemente hacia la condición humana de los personajes, lo que nos sugiere no es la acción, sino el hecho mismo de que

se pueda ser así; y luego el desenlace no tranquiliza, deja subsistir una sorda inquietud, un fracaso íntimo que presupone falta de fe en las posibilidades de resolver las cuestiones más profundas.

Y nace el comisario Jules Maigret, que no es una máquina de razonar ni un héroe desenmascarando y deteniendo culpables, sino como alguien ha dicho «un testigo privilegiado de la incapacidad de los hombres para comprenderse y de la incapacidad de la justicia para juzgar a los hombres». Pertenece a la Policía Judicial, cumple con su deber de un modo tenaz y desengañado.

De Maigret tenemos muchos datos personales: su origen campesino, su vocación frustrada de médico, el carácter de su fiel esposa Louise, su domicilio en el bulevar Richard-Lenoir, sus gustos culinarios, la ropa que lleva, su pipa, el café al que suele ir, los inspectores que le ayudan (Lucas, Janvier, Torrence)... Es alguien de carne y hueso que templea con su normalidad y su sensatez el horror del mundo.

Ya desde los primeros Maigret la investigación desemboca en el convencimiento de que su tarea es inútil: el criminal es la primera y principal víctima del crimen, y merece compasión y comprensión. En torno a este policía, la gente es de verdad, ama, sufre y muere de verdad, con dramas a los que el comisario se asoma con una tristeza y un tacto que conmueven.

El universo de Maigret va a ser inolvidable. Atmósferas de interiores, cafés, puertos, callejas, hoteles de provincias, barrios feos y vulgares, todo descrito a fuerza de intuición ciega, de simpatía; con una densidad humana y ambiental expresada por medio de «palabras-materia», como él decía, sencillas, palpables, en tres dimensiones.

Luego Simenon querrá olvidarse de Maigret, orillar las intrigas policíacas con su enojosa mecánica que no le interesa demasiado, dedicarse a situaciones en estado puro, a tragedias en sordina sin resortes detectivescos. Es un Simenon más desolado si cabe, con mayor libertad para sus obsesiones, a medio camino entre el arte y la artesanía, muy sombrío y novelescamente eficaz como siempre.

Conoce la fama y la riqueza, incluso el aplauso de Gide, Mauriac, Henry Miller, Céline, Morand, Cocteau. Es ya uno de los grandes, lo cual no le evita buenos sustos, debido a su cómoda ambigüedad durante la guerra y la posguerra (los nazis dicen que es judío, más tarde se le acusará de colaboracionismo). Es un triunfador con «angustia crónica», una ansiedad que no le abandona.

Su vida es áspera, en muchos aspectos sórdida, y mientras trabaja como un forzado en la «fábrica Simenon», él mismo la llama así, se le ve brutal, egoísta, inseguro, sintiéndose culpable, entre otras muchas



cosas del suicidio de su hija Marie-Jo. Y sin querer pensar: «Si me dedico a analizarme, ya no podré seguir escribiendo».

El trabajo y sus subproductos, dinero y éxito (se pasó la vida suspirando por el Premio Nobel, «y se lo han dado a *ce petit con*», dijo rabiosamente aludiendo a Camus) como justificación de todo. A su muerte en Suiza en 1989 dejaba una obra descomunal, más de cuatrocientos libros, en la que cierta tosquedad en muchos de sus puntos de partida se redime con intuiciones novelescas. Es nuestro Simenon por descubrirnos una turbadora manera de ver y contar la realidad cotidiana que por fin convierte en una pesadilla, la que él estaba viviendo.

*15 de febrero de 2003, ABC*

JOHN BANVILLE  
EL ESCAPISTA

Traducción del inglés  
de José Manuel Álvarez-Flórez

*John Banville escribió este texto para presentar al lector la pequeña selección de obras de Simenon que New York Review of Books comenzó a publicar en el año 2003. Todos los títulos citados en el artículo serán editados en Acantilado.*

Cuando uno considera la vida y la obra de Georges Simenon, surge inevitablemente la pregunta: ¿Era humano? En sus energías, creadoras y eróticas, era desde luego extraordinario. Escribió unas cuatrocientas novelas, con variedad de seudónimos, así como innumerables relatos y guiones cinematográficos, y hacia el final de su vida, tras haber dejado supuestamente de escribir, dictó miles de páginas de memorias. Era capaz de hacer una novela en una semana o en diez días, de mecanografiar maníaco (nunca revisaba, como muestra la obra a veces) se dice y en París en la década de 1920 que rompió su relación con Josephine Baker, la cantante estadounidense expatriada y estrella de *La Revue Nègre*, porque en el año que duró andaba tan distraído por su pasión por ella que sólo había conseguido escribir tres o cuatro libros.

Se enredaba a menudo en estas distracciones. En

1976, siendo ya un setentón, le explicó a su amigo Federico Fellini en una entrevista para *L'Express* que a lo largo de su vida se había acostado con diez mil mujeres. Empezó pronto, desde luego. Perdió la virginidad a los doce con una chica tres años mayor que él, que le hizo cambiar de colegio para que pudiesen seguir viéndose y luego le dejó colgado sin más por otro novio. El joven Georges había recibido su primera lección en la escuela de los golpes duros.

Nació en Lieja, Bélgica, en 1903, hijo de un contable bondadoso pero ineficaz y de una madre temible con la que mantuvo una intensa relación amor-odio, a lo largo de su larga vida. Cuando tenía dieciséis años dejó el colegio para trabajar como reportero en la *Gazette de Liège* y se unió a La Caque, un grupo de jóvenes dandis y bohemios bajo la dirección espiritual del pintor Luc Lafnet. Más tarde Simenon describió el domingo de junio de 1919 en que conoció a Lafnet como «probablemente uno de los días más importantes de mi adolescencia».

La Caque era una pandilla desbocada que se entregaba a la bebida, las drogas y el amor libre. «Éramos una élite—escribió más tarde Simenon—. Un pequeño grupo de genios reunidos por la casualidad». Eran también peligrosos y, en un caso al menos, autodestructivos. Una mañana de invierno, temprano, después de una noche bebiendo mucho, a un miembro del grupo, Joseph Kleine, «*le petit Kleine*», aspirante a pintor y adicto a la cocaína, que estaba a la altu-

ra, o más bien al nivel, de su apodo, pues era frágil y delicado de constitución, se le encontró colgado por el cuello de la puerta de la iglesia de Saint-Pholien de Lieja.

Se sospechaba suicidio, o asesinato encubierto como suicidio. A la mañana siguiente, sin embargo, la *Gazette de Liège* informaba confidencialmente de que el joven se había suicidado. Hasta muchos años después Simenon no confesó que había sido el autor de aquel oportuno reportaje, que apareció antes de que se hubiesen iniciado adecuadamente las investigaciones policiales. «Alegué no culpables en nuestro nombre—escribió en sus memorias—. O más bien, alegué ausencia de premeditación... No sabíamos cuál era el verdadero estado del “*petit Kleine*”. Pero en última instancia, ¿no fuimos nosotros los que le matamos?».

La imagen del ahorcado seguiría siendo una imagen poderosa para Simenon (su segundo relato de Maigret se titulaba *El ahorcado de Saint-Pholien*) y en una de sus mejores novelas, *Desconocidos en casa*, publicada en 1940, hay una pandilla desbocada y autodestructiva de jóvenes cuyas correrías culminan en asesinato, que tenía como modelo evidente La Caque. Simenon el novelista sabía de lo que escribía.

En 1920, a los diecisiete años, publicó su primera novela, *En el puente de los Arcos*, con ilustraciones de varios artistas, incluido su mentor, el ligeramente satánico Lafnet. La novela, una obra humorística, gozó

de éxito local. La había escrito con el seudónimo de Georges Sim, un *nom de plume* que seguiría utilizando durante unos años, y que conservó incluso después de trasladarse a París a los veinte y emprender en serio la tarea de convertirse en un escritor de verdad.

Allí empezó a ofrecer relatos a Colette, entonces directora literaria del periódico *Le Matin*. Ella le instó a pulir el estilo hasta el hueso, seguramente el mejor consejo que recibió en su vida, y que sabiamente siguió. Empezó a escribir literatura popular, con la que tuvo mucho éxito, fabricando libros bajo un par de docenas de seudónimos. Hacia la mitad de la veintena era rico, y se embarcó en una serie de viajes que le llevarían a través de Europa y a África y, en 1934, a dar la vuelta al mundo. Era la pauta de trabajo incesante y el desasosiego obsesivo que habrían de persistir durante la mayor parte de su vida.

En 1923 se casó con una joven pintora llamada Régine Renchon, pero el matrimonio no duró. En Nueva York, justo después de la guerra, conoció a Denyse Ouimet, una francocanadiense diecisiete años más joven que él, a la que había entrevistado para un trabajo de secretaria. La pareja se casó en 1950, en Reno (era coquetear con el desastre, sin duda, contraer matrimonio en la capital del divorcio de Estados Unidos), y se trasladó a Connecticut, donde vivieron los cinco años siguientes. En 1955 regresaron a Europa y se establecieron en Lausana, Suiza, en una casa inmensa, Epalinges, que ellos mismos habían diseñado

y que era tan fea y clínicamente funcional como un hospital. Cuando este segundo matrimonio se desintegró (Simenon había mantenido una larga relación con una criada de la casa) Ouimet se hundió en la depresión. En 1964 dejó la aséptica Epalinges por un hospital real.

Poco después, su atribulada hija Marie-Jo inició también un tratamiento psiquiátrico, pero sin resultado, y en 1978 se suicidó. Había estado franca y desesperadamente enamorada de su padre desde temprana edad. Sin embargo, en un volumen de memorias que publicó en 1981, Simenon culpaba a Ouimet de la muerte de la muchacha. Ouimet ya había arremetido contra su marido en unas coléricas memorias propias, *Un Oiseau pour le chat*, publicadas el año que murió su hija. Todo podría haber sido la trama de una de las novelas de Simenon, aunque él probablemente lo hubiese rechazado por demasiado melodramático.

*Pietr, el Letón* (1930), la primera novela que Simenon publicó con su propio nombre, introdujo su personaje mejor conocido, el detective fumador de pipa inspector Maigret. Entre 1930 y 1973, en que dejó de escribir ficción y se dedicó a dictar sus memorias, Simenon produjo unas ochenta novelas de Maigret. Es en estos libros en los que reside principalmente su fama. Se calcula que se han vendido quinientos millones de «Simenons» en cincuenta idiomas; pero sus mejores obras son las *romans durs*, las novelas «duras», de las que *New York Review of Books* ha ree-

ditado diez de las mejores, en traducciones nuevas o muy revisadas.

La mayoría de las novelas policíacas, no importa lo «duras» o sangrientamente forenses que sean, son en el fondo sentimentales, pues gran parte de los escritores del género son románticos desilusionados. William T. Vollmann, en un epílogo a la edición de la *New York Review of Books* de la mayor obra maestra de Simenon, *La nieve estaba sucia*, le compara con Raymond Chandler, cuyas novelas de Philip Marlowe, pese a su elegancia, ingenio y pulidas metáforas, parecen ahora claramente «blandas». «Las novelas de Chandler—escribe Vollmann—son *noir* atravesado por una luminiscencia melancólica; Simenon ha concentrado el *noir* en una oscuridad tan sólida y densa como el interior de una estrella enana». Sólo Patricia Highsmith se aproxima a la capacidad de Simenon (una compulsión, en realidad) para mostrar el mundo tal como realmente es, en toda su escualidez, emoción y contingente crueldad; pero los personajes de Highsmith son finos como el papel comparados con los hombres y mujeres vívidamente multidimensionales del maestro francés. Los recién llegados a este Simenon existencialista (los libros de Maigret, aunque entretenidos, son a menudo formularios e incluso descuidados) harían bien en empezar con *Desconocidos en casa*, pues es la *roman dur* quintaesencial: directa, escueta, sensual en su atmósfera, hipnótica en su realismo y honesta de un modo que po-

cos novelistas se atreverían a ser. Lo que se dice de los acontecimientos de la narración podría decirse del propio libro: «Fue por haber empezado todo con tanta violencia (con barro, sangre y vómito) por lo que todo había alcanzado precipitadamente un punto culminante».

El personaje central es Loursat, abogado de una pequeña ciudad, semiaristocrático, cuya esposa le dejó hace veinte años y que ha vivido desde entonces como un recluso misántropo entregado a la bebida. Una noche de invierno le despierta el ruido de un disparo procedente de una de las habitaciones de su laberíntica mansión, y tras una inspección descubre en una cama a un hombre al que le han pegado un tiro en el cuello, que muere en el momento preciso en que él llega. Resulta que su hija, con la que vive pero con la que apenas ha intercambiado una palabra desde la desaparición de su madre, ha estado albergando durante las noches, sin que él lo supiese, a una pandilla de amigos suyos en el desván, uno de los cuales es el asesino.

Es típico de la obra de Simenon que el descubrimiento de esta vida secreta, que ha transcurrido delante de sus narices desviadas, haya de sacar a Loursat de sus veinte años de letargo y llenarle de energía y de excitación. Henri Cartier-Bresson solía hablar del «momento decisivo» en que se capta la realidad en su esencia desprevenida, y es en esos momentos en los que Simenon basa sus ficciones. En un pasaje que



no sólo resume este relato concreto, sino que es emblemático de todas las *romans durs* (y que P. D. James singulariza en su prólogo a la edición de *Desconocidos en casa* de la New York Review of Books), el autor describe el anhelo apasionado que inunda de pronto el corazón hasta entonces helado de Loursat: descubrir un nuevo mundo, nueva gente, nuevos sonidos y olores, nuevas ideas, nuevos sentimientos, un mundo hormigueante y culebreante que no tiene ninguna relación con las epopeyas y tragedias de la literatura, lleno de todos esos detalles misteriosos y generalmente triviales que no encuentras en los libros; el aliento del aire frío en una calleja sucia, el merodeador en la esquina de la calle, una tienda que permanece abierta mucho después de que todas las demás han cerrado, un muchacho impaciente y nervioso que espera en ascuas a la puerta de un relojero al amigo que va a conducirlo a un futuro nuevo y desconocido.

*La nieve estaba sucia*, publicada ocho años después de *Desconocidos*, es una novela asombrosa. Firmada en «Tucson (Arizona), 20 de marzo de 1948», se publicó ese mismo año en Francia. Sucia, brutal y no muy larga, nos ofrece una visión hobbesiana de la vida en este planeta decadente; se trata realmente de la guerra de todos contra todos. Se desarrolla en una ciudad europea innominada, muy probablemente Lieja, durante la ocupación alemana. En el curso de un invierno aparentemente interminable, Frank Friedmaier, el personaje central, cumple los diecinueve.

Cuando nos encontramos con él por primera vez, está parado de pie en la noche en una calleja cubierta de nieve con un cuchillo prestado en el bolsillo, esperando con torva expectativa para cometer su primer asesinato, un acto gratuito gideano... cuya gratuidad habría conmocionado sin duda a Gide.

La víctima de Frank es un «oficial sin destino» conocido como el Eunuco, miembro de las fuerzas de ocupación. Frank no tiene ningún motivo para matarle; es simplemente un rito de paso obligado, una pérdida de la virginidad. Para Frank, se nos cuenta, «se trataba de matar a su primer hombre y de domar el cuchillo sueco de Kromer». En parte le impulsa la resolución de no dejarse superar por su amigo Kromer, que ha ejecutado ya un asesinato particularmente espantoso, descrito en la segunda página del libro. El pasaje es un ejemplo ricamente representativo del estilo, vivo, pulido y aparentemente sencillo y fácil, o la falta de estilo, de Simenon, de ojos vidriosos en su impasibilidad y sin embargo absoluta y horriblemente convincente.

A Kromer, un matón de baja estofa, le aborda al salir del bar de Timo's un «hombrecito flaco, pálido y febril», al que al parecer vendió algo insatisfactorio y que busca compensación. El hombrecillo agarra a Kromer por la solapa de la chaqueta y empieza a gritarle.

Kromer, en medio de la oscura calleja, entre dos bancos de nieve, se quita al puro de la boca con la

mano izquierda. Pincha con la derecha sólo una vez. Luego, dos brazos y dos piernas en el aire, como una marioneta, y la forma negra se hunde en la pálida nieve de la acera. Lo más extraño es que había una piel de naranja al lado de la cabeza..., algo que probablemente no verías en ninguna parte de la ciudad más que delante de Timo's.

«Timo salió sin abrigo ni gorra, tal como estaba vestido en el bar. Tanteó la marioneta y arrugó el labio superior.

—Le tocaba—gruñó—. En una hora estará tieso».

El foco de toda la escena es, por supuesto, el trozo de piel de naranja.

Frank vive con su madre, Lotte, que dirige un burdel en su apartamento. Desconoce la identidad de su padre pero sospecha que es el inspector de policía, Hamling, frecuente visitante que actúa, se indica implícitamente, como protector de Lotte en estos tiempos peligrosos. Pero Frank se ha fijado en otra figura distinta del padre y a la que prefiere, Holst, su vecino del edificio de apartamentos, un intelectual que no cuenta con el favor de las autoridades y que se ha visto obligado a trabajar como conductor de tranvía. Aparece sólo fugazmente en el libro, pero para Frank es una deidad presidencial, remoto y fascinante al mismo tiempo, casi un objeto de veneración. Pasa por allí cuando Frank espera en la calleja para cometer su asesinato y él siente el deseo de que aquel hombre mayor se pare un momento para «ver la cosa hecha»,

pues a él le parece que ya hay un vínculo secreto entre los dos, que es «realmente como si él acabase de elegir a Holst, como si siempre hubiese sabido que las cosas resultarían así, porque él no lo habría hecho por nadie más que por el conductor de tranvía».

Holst tiene una hija, la inocente Sissy, pura de corazón, que se enamora de Frank, y a cuyo amor Frank corresponde engañándola para que sacrifique su virginidad no a él, como cree ella, sino a Kromer, con el que se cambia de lugar en una habitación a oscuras. Cuando Sissy descubre que ha sido traicionada, huye de la casa y casi perece en la nieve. Entretanto, Frank ha matado de nuevo en el curso del robo de un alijo de relojes antiguos, que venderá un oficial alemán. Las autoridades le detienen finalmente, no por los crímenes que ha cometido, de los que nadie parece cuidarse lo más mínimo, sino debido a su tenue relación con el oficial alemán, que resulta que ha pagado los relojes con dinero robado de fuentes oficiales; Frank es sospechoso también porque se descubre que una de las chicas que trabajan para su madre pertenece a la Resistencia.

Estos detalles son de escaso interés para Frank. En la cárcel: el interrogatorio y la tortura; ha encontrado una especie de tarea sagrada, un proceso ritualizado de expiación e incluso (aunque ni él ni Simeon soñarían siquiera con utilizar la palabra) redención. A medida que pasan los días y las semanas de su reclusión, desciende a sus profundidades. Es un

viaje existencial, y a lo largo del camino llega a comprenderse, a darse cuenta del problema irresoluble en el que está atrapado: no el problema de estar preso, sino, por el contrario, de ser libre, el estado más opresivo de todos.

Finalmente permiten a Holst y a Sissy visitarle, tal vez en una diabólica estrategia para hacerle confesar. Sissy le cuenta, para su asombro y alegría, que aún le ama, pero casi más importante que su declaración de perdón es el momento en que Holst «posó su mano en el hombro de Frank exactamente como Frank había sabido siempre que haría un padre». Después de eso, la muerte para él es un mero incidente, un cierre supererogatorio de una vida ya completada.

Lo que Frank quiere, como señala Vollmann, es ser conocido: «Apenas se conoce a sí mismo, ni ninguna otra cosa que merezca la pena conocer. Pero si consigue de algún modo mantenerse presente y visible a la mirada del Otro, entonces es posible que llegue a lograr algún tipo de realización». Pero lo que hace el libro tan estremecedor es que en la culminación de esta búsqueda de autenticidad, a pesar del gesto paternal de Holst y de que Sissy le declare su amor (Vollmann sugiere, y seguramente tiene razón, que la visita a la prisión de Holst y Sissy es la única nota falsa del libro) lo que Frank descubre es que ni siquiera la propia autenticidad es gran cosa.

A diferencia de Joyce, que se ufanaba de que no se le podía encontrar en ninguna parte de su obra y

sin embargo es claramente visible en toda ella, Simonon consigue parecer de verdad un observador desinteresado, se mantiene aparte del mundo que crea, cortándose las uñas. De todos modos, en la atmósfera llena de sugerencias, suciedad y sudor de *La nieve estaba sucia*, se podría detectar quizá un indicio de la *mauvaise conscience* de un escritor que vivió en Francia bastante satisfecho a lo largo de la ocupación y se encontró al final de la guerra acusado de colaboracionismo, de manera que, aunque las acusaciones acabaran retirándose, tuvo que huir a Canadá, y se trasladó más tarde a Estados Unidos.

En *Tres habitaciones en Manhattan*, cuya primera edición es de 1946, el protagonista, François Combe, un famoso actor parisino al final de la cuarentena, que ha huido a América tras una ruptura escandalosa y vergonzosa con su mujer actriz, es un autorretrato apenas disfrazado. Combe se encuentra en un bar de Manhattan con Kay Miller, una expatriada vienesa que vive en Estados Unidos más que nada de su ingenio, y se enamora de ella absolutamente, a pesar de sí mismo. Miller por su parte es, sin lugar a dudas, un retrato de Denyse Ouimet.

A través de los bares y las calles de la ciudad de noche, y de las tres habitaciones del título (la primera en un hotel barato, la segunda en el refugio alquilado de Combe, la tercera en la habitación de Miller en su apartamento compartido) los dos se precipitan a tropicónes, superando graves obstáculos emocio-

nales, incluidos los violentos celos de Combe y la incompetencia emocional de Miller) en un amor que parece dejar a Combe tan desconcertado como feliz. Joyce Carol Oates, en su introducción a la edición de la *New York Review of Books*, acepta el libro como unas memorias noveladas y ve a Simenon, «maestro de la ironía... sobrecogido de asombro ante lo que le está pasando, sucumbir a un enamoramiento romántico en la cínica edad madura».

El ansia por huir de los embrollos de la vida y desaparecer en el anonimato, común a muchos hombres y al menos a algunas mujeres, es un tema obsesivamente recurrente en la obra de Simenon. En ninguna parte se desarrolla más limpia o más persuasivamente que en *La huida* (*La fuite de Monsieur Monde*). Norbert Monde (Simenon tiene un don maravilloso para los nombres) es un hombre de negocios parisino cautamente próspero que dirige la empresa de corretaje y exportación fundada por su abuelo. La mañana de su cuadragésimo octavo cumpleaños (la misma, no por azar, de François Combe en *Tres habitaciones*, y la del propio escritor inmediatamente después de casarse con Denyse Ouimet) Monsieur Monde manda a su barbero que le afeite el bigote, retira trescientos mil francos de su cuenta bancaria, cambia su traje a medida por un atuendo anónimo de una tienda de ropa usada y sale de su vida sin decir una palabra a nadie.

La fuga de Monde no la provoca ninguna gran cri-

sis, aunque es cierto que su trabajo ha dejado de interesarle y sus relaciones con la familia son problemáticas. Cuando deja todo atrás, más que correr va a la deriva, «siguiendo un plan predeterminado, del que no era responsable». Coge un tren para Marsella y se instala en un hotel corriente, y por la mañana medio despierta para encontrarse con que está llorando, un «flujo interminable de alguna fuente honda», y habla consigo mismo sin mover los labios: «Hablaba de su infinito y doloroso cansancio, que se debía no a su viaje en tren, sino a su largo viaje como hombre».

El estado en el que Monde ha caído, o al que ha ascendido, es al mismo tiempo de entorpecimiento y de éxtasis. «Estaba lúcido, no con una lucidez corriente, de esa que uno considera aceptable, sino por el contrario de esa otra de la que uno se siente después avergonzado, tal vez porque otorga a cosas supuestamente ordinarias la grandeza que la poesía y la religión les atribuyen». La insinuación de vergüenza aquí, totalmente inesperada, totalmente justa, es Simenon puro.

En Marsella, Monde conoce a Julie, una artista de cabaret («sus labios manchaban la pálida punta de un cigarrillo de un rosa intenso que era más sensualmente femenino que la sangre de una mujer»), y se van los dos a Niza. A Monde le roban el dinero nada más llegar a esa ciudad. La siempre mañosa Julie no tarda en encontrar trabajo para los dos en el Mónico, cabaret y casino de mala muerte. Y allí, en el Mónico,



Monde se reencuentra con su primera esposa, Thérèse, a la que hace dieciocho años que no ve. Es, o era, una ninfómana que guardaba fotos obscenas en un cajón secreto de su escritorio y que «había ido a buscar al chofer que tenían a su dormitorio del desván y que, cuando éste la llevaba a la ciudad, le hacía parar enfrente de dudosas casas de apartamentos». Drogadicta y en difícil situación, hace de acompañante de una rica anciana conocida como la Emperatriz, una *habitué* del Mónico.

Cuando la Emperatriz muere inesperadamente, Monde se ve obligado a hacerse cargo de Thérèse. Vuelve con ella a París, la instala en un apartamento de los suburbios, da instrucciones a un amigo médico de que le suministre toda la cantidad de morfina que necesite y se desentiende de ella. Luego regresa tranquilamente a su antigua vida, para consternación de su esposa, que, durante su ausencia, había ido instalándose felizmente en la posición de viuda rica.

Ella siente el impulso de comentar: «No has cambiado». Y él contesta, con aquella compostura que había traído de vuelta consigo, y bajo la que podía atisbarse un abismo aterrador: «Sí, así es». Eso era todo. Estaba relajado. Era ya parte de la vida, tan flexible y fluido como la vida misma.

Estos *romans durs* (entre los que la edición de la New York Review of Books incluye también *El hombre que miraba pasar los trenes*, despreocupadamente horripilante, otra historia de marido en fuga, y *Luces*

*rojas*, un relato subversivamente directo de la vida estadounidense que incluye alcoholismo, crisis marital y violación violenta) son obras de arte soberbias y pulidas, enmascaradas como literatura popular. Gide, que admiraba a Simenon, creía que éste no había alcanzado su potencial pleno como artista, lo cual puede ser cierto: si hubiese contenido su impulso obsesivo y hallado un medio de aminorarlo, podría haber escrito la obra pausada y largamente fermentada que Gide parecía esperar de él. Pero ese libro no habría sido un «Simenon», y fue precisamente en los «Simenons» donde Simenon desplegó su talento prodigioso y proteico.

*29 de mayo de 2008,*  
Los Angeles Weekly



PIERRE ASSOULINE

## ¿QUÉ HAY DE NUEVO?

Traducción del francés  
de Lluís M. Todò

Simenon. ¡Ah!, ¿«ese» Georges Simenon, el único belga de lengua francesa que ha inventado un inmortal personaje policíaco, ha escrito doscientas novelas, ha inspirado decenas de películas para el cine y la televisión y, de paso, ha consumido diez mil mujeres? Pues sí, ése. Ese que durante demasiado tiempo ha sido presentado como un fenómeno conocido por su notoriedad, mientras que él quería ser ante todo un novelista y nada más que eso, porque no servía más que para eso. No nos engañemos: no hay nada nuevo sobre Simenon, en el sentido de que nadie ha encontrado un yacimiento de inéditos, cuya primicia se disputarían las revistas. Con todo, las nuevas generaciones de lectores no cesan de descubrir a ese «recomendador de destinos», regular y equivocadamente tildado de sociólogo, al igual que el dibujante Sempé, cuando uno y otro se conforman con transmitir, por los medios que les son propios, no tanto una visión como una sensación del mundo. En el extranjero, el editor italiano y el alemán son los que mejor han comprendido el interés de presentar sus novelas regularmente como una novedad (ilustración de

cubierta, grafismo, promoción) para conquistar públicos nuevos. La operación resulta particularmente eficaz porque su obra es de las pocas que se prestan a ello de forma natural, al ser intemporal y universal hasta la raíz. A la Historia le cuesta mucho abrirse paso a través de esas historias. No son más que soledad, angustia, desánimo, odio hacia sí mismo, alcohol, envidia, abandono, mentira, ambición, silencios, miseria moral, exclusión, piedad, secretos de familia, miedo al Otro, adulterio, celos, suicidio e incluso, a veces, amor al prójimo. Cosas que lo dicen todo a todos en todas partes.

El hombre desnudo, despojado de todo cuanto lo disimula ante el mundo, ése es el héroe de Simenon. Nadie supo definirlo mejor que Félicien Marceau: el hombre de las cavernas más algunas neurosis. Simenon escribía para liberarse de sus fantasmas. Su universo es el teatro íntimo de un drama único bajo diversas facetas: el hombre en lucha con su destino.

Gide, fascinado por las facultades de inventor de Simenon, le insistió para que explicara el funcionamiento de su maquinaria novelesca, y Simenon, con su mente totalmente desprovista de intelectualismo, tan alérgico a la literatura como indiferente a la vida literaria, se declaraba incapaz de hacerlo. Hasta que un día, no pudiendo soportar más la presión, concedió a Maurice Piron, un universitario que fue de los primeros y mejores exégetas de su universo, un esquema garabateado a toda prisa. Una especie de dia-

grama con cuatro puntos: crisis, pasado, drama, desenlace. Y cuando su amigo expresó su admiración, Simenon se encogió de hombros y le recordó que se trataba una vez más de la estructura de la tragedia griega. Inconscientemente, *La huida* y *Los fantasmas del sombrerero* se lo debían todo a Sófocles.

Sin llegar al extremo de apelar al teatro de Dionisos, pudiera ser que algún día nuestro autor se convirtiera en la pasarela entre esta obra y sus lectores. No es que haya agotado ya sus medios de difusión predilectos (hay en curso varias adaptaciones para el cine y la televisión), pero el hecho es que su mundo jamás ha sido llevado al escenario, una paradoja sorprendente, pues gran parte de sus novelas se desarrollan en espacios cerrados y exigen un número reducido de personajes. Muchas adaptaciones cinematográficas de sus novelas eran en realidad teatro filmado; y podemos soñar con cómo resultaría, por ejemplo, *El gato*, drama de la incomunicación entre dos seres con una incapacidad para envejecer que les conduce a la perversidad, en un escenario en el que se enfrentarían Michel Galabru y Line Renaud, con la presencia física y el implacable despojamiento de los antidiálogos de Simenon. Mientras tanto, el actor Robert Benoît, que ya interpretó en solitario *Carta a mi juez* en distintos escenarios, prepara una adaptación de *Carta a mi madre*.

Con el paso de los años y las generaciones de lectores, el estatuto de Simenon ha ido evolucionando a

medida que su imagen cambiaba. En el extranjero, o bien es un desconocido o bien se le considera un gran escritor; sólo en Francia hay una línea divisoria que sigue separando al novelista popular (Maigret & Co) del novelista literario; cuando se trata de calidad, la cantidad está mal vista. Todavía existen algunos críticos miopes que no se han percatado de que en la obra-mosaico del Simenon de los últimos veinte años, la frontera entre géneros se había hecho tan porosa que ya no escribía más que «novelas-novelas», tal como las calificaba a todas, llegando incluso a deshechar la Denominación de Origen «novelas duras». Sin embargo, en las décadas de 1930 y 1940 fue publicado con la prestigiosa cubierta blanca de la NRF; estuvo a punto de ganar el Premio Goncourt en 1937 con *El testamento*; se habló de él con insistencia en los pasillos del comité del Premio Nobel en vísperas de la entrega de premios en 1961; fue publicado en la colección La Pléiade en 2003; pero siempre habrá algún irreductible que le mire con malos ojos a causa del origen poco ilustre de su éxito sospechoso. Siempre le reprocharán aquello que a él justamente le llenaba de orgullo: ser un artesano de la novela que no dejaba a nadie el cuidado de controlar hasta el último detalle la divulgación de su obra. No existe otro como él en el ámbito literario francés, tan rico en clones, por otra parte.

Novela-crisis o novela-crónica, para él lo único importante era que la novela quedara depurada de todo

lo que no era su propia esencia, el único modo para él de convertirla en el medio de expresión contemporáneo, tal como la tragedia lo fue en los tiempos antiguos. Pero murió sin haber cumplido su sueño de escritor: una gran novela picaresca. Para él, sólo podía tratarse de un largo relato sin pies ni cabeza, con paradas como las que hacemos durante un paseo, personajes que aparecen y desaparecen sin razón aparente, historias secundarias trenzadas entre sí. Pero Simenon se consideraba incapaz de construir un engranaje semejante, pues se había entrenado disciplinadamente para comprimir y limitar su universo.

Simenon se sabía incapaz de resultar divertido. En nada disminuye la admiración que le profesamos constatar que en su obra el humor está totalmente ausente. Pero nos dice tantas cosas sobre nosotros mismos, y este saber puede resultarnos tan útil, que dicha ausencia le será perdonada sin dificultad.

Creemos que todo es siempre igual, pero nunca nada es lo mismo. Georges Simenon no es un autor de novelas policíacas, del mismo modo que Graham Greene y John Le Carré no fueron autores de novelas de espionaje. Son novelistas a secas, y de los más grandes. Cosa que empieza a saberse.

Una obra es un bloque cimentado por una unidad fundamental. La de Simenon no es ni *La Comedia humana*, ni «Los Rougon-Macquart», ni *Los hombres de buena voluntad*. Por ello debemos felicitarnos cada veinte años por la increíble y singular novedad que



contiene esta obra, una de las pocas en lengua francesa, junto a las de Proust y Céline, que todavía dominan el siglo literariamente.

*17 de noviembre de 2011,*  
Le Monde des Livres



## «QUERIDÍSIMO SIMENON»

*Cineastas, escritores y poetas mantuvieron amistad y correspondencia con el autor. Ofrecemos algunos fragmentos escogidos.*

CARTAS DE FEDERICO FELLINI

*Cbianciano, 1976*

Mi queridísimo Simenon:

[...] quiero contarte otra cosa para que sepas lo nutricional que resultó para mí el encuentro con tu imaginación, con tu creatividad. Un pequeño sueño que tuve hace dos años, antes de empezar el *Casanova*.

Yo estaba atravesando un período negro. Inercia, desánimo, marasmo, odio hacia esta película, la sensación de que me había metido en un berenjenal, noches enteras diciendo tonterías, rompiéndome la cabeza para hallar la manera de liberarme sin daños excesivos del compromiso adquirido. [...]

Pues bien, una noche soñé que me despertaba el teclear incesante de una máquina de escribir. Me doy cuenta de que me había quedado dormido en un gran jardín húmedo de rocío con grandes plantas cargadas de hojas de un verde intenso. Allí, en el centro del césped, hay una construcción en forma de torre. De ahí procede el teclear de la máquina de escribir. Me

acercó y cesa cualquier ruido. Me alzo de puntillas, espío por la ventana circular y veo una habitación encalada como una celda, con un hombre, un monje, que está haciendo algo que no consigo ver porque el hombre me da la espalda. Está sentado y a sus pies, en el suelo, hay unos doce niños y niñas muy simpáticos que se ríen, le gastan bromas, le tocan las sandalias, el cordón del hábito. Al final, el hombre se da la vuelta: es Simenon. Lleva pegada al mentón una barba blanca, yo noto enseguida que es postiza, una barba de broma. Yo me quedo extrañado, incluso algo decepcionado, no consigo encontrar una explicación hasta que oigo a mi lado una voz que me dice:

—Es falsa. Claro que es falsa. No es un viejo. Al contrario, es muy joven. Mucho más joven que antes.

—¿Y qué está haciendo?—pregunto yo.

—Está pintando su nueva novela. ¿No ves? Ya ha pintado más de la mitad. Es una novela magnífica sobre Neptuno.

La voz se desvaneció y esta vez me desperté de veras. Bueno, no puedo meterme en explicaciones más o menos pertinentes [...], pero el hecho indudable es que a la mañana siguiente noté que la tensión disminuía en mí, la película se me hacía menos odiosa y me puse a trabajar. Hice la película. ¿La dificultad con la lengua inglesa? Pero si en mi sueño Simenon conseguía incluso «pintar» sus novelas, ¿por qué no iba yo a poder rodar una película en una lengua que no era la mía? ¿Y el hecho de que el personaje me resul-

te ajeno? ¿Aquella distancia que sentía hacia Casanova? Sí, es verdad, es un personaje que me resultaba ajeno, que sentía alejado de mí, pero al mismo tiempo era un personaje que vivía profundamente en mí, exactamente como Neptuno, dios de las profundidades marinas [...].

*Via Margutta, Roma,  
primero de septiembre de 1977*

Mi queridísimo y legendario Simenon:

[...] En resumen, en este momento estoy pasando por mi período habitual de vacío, opacidad bombardeada por pensamientos deprimentes, veleidades. Me cuesta tremendamente acostumbrarme a la idea de que dentro de poco, dentro de muy poco, incluso, cumpliré sesenta años y examino y releo las páginas de *Quand j' étais vieux* en busca de informaciones, consejos, advertencias que puedan afectarme profundamente. ¡Cuántas deslumbrantes y reconfortantes, y tiernísimas coincidencias de espantos, de temores, de reflexiones he encontrado en tu preciosísimo libro! [...]

CARTAS DE ANDRÉ GIDE

*París, 6 de enero de 1939*

Mi querido Simenon:

Yo sostengo que un libro está bien compuesto

cuando todos los rasgos de la historia concurren para trazar una figura—no hablo para nada de la de un protagonista, sino de la del drama mismo—. Hay libros muy hermosos, es cierto, que no tienen la menor composición. Pero sus libros me maravillan sobre todo por su composición (la mayor parte de ellos, *El testamento* no). *El caballo blanco* tiene una composición muy extraña, como un fragmento de música, con repetición, al final del tema inicial, enriquecido, como arropado por el recuerdo de los temas que han ido apareciendo a lo largo del relato. Parece como si en sus libros usted no tolerara que quede nada flotante. Esto resulta curioso en *Long cours* (que ayer terminé de leer), donde la larga aventura aparentemente deshilvanada invitaba a la divagación y donde, precisamente, no hay nada inútil; donde ningún episodio, por fortuito que pueda parecer al principio, ningún diálogo, ni una sola descripción de paisaje, nada deja de jugar su papel y de ser, o de llegar a ser, elemento indispensable para el establecimiento del acorde (o desacorde) final.

Y (eso me intriga mucho, querido Simenon) quisiera saber si se trata del resultado de una meditación elevada o bien (cosa que me inclino más a creer) el efecto natural de una intuición súbita, extraordinaria. Tal vez tendré la ocasión de hablar con usted largo y tendido, algún día. A decir verdad, no comprendo muy bien cómo usted concibe, compone, escribe sus libros. Hay en ello, para mí, un misterio que

me interesa particularmente. Me cuesta muchísimo creer en los fenómenos (y, para mí, usted es un fenómeno) y no me quedo tranquilo hasta que consigo explicármelos.

Tómese todo esto como un *post-scriptum* de mi carta de anteayer; suelo ser más reservado y no sé por qué me ha dado por escribirle tan largamente.

220, rue Michelet, Alger,  
11 de diciembre de 1944

Mi querido Simenon:

[...] He trabajado poco (aunque he llevado a buen puerto un *Teseo* que me tenía muy preocupado desde hace veinticinco años y del que he quedado bastante satisfecho); he vivido poco; he leído mucho. He hecho por tres veces mi cura Simenon, leyendo o relejendo todos los libros suyos que conseguía procurarme en Túnez, en Fez o en Argel, desolado por no haber encontrado más que bibliotecas muy mal surtidas; desolado sobre todo por no haber podido trabar conocimiento con sus últimos escritos. En Túnez, igual que en Niza, la «Legión», aún poderosa, impidió la conferencia-lectura sobre usted que me disponía a pronunciar, que llevaba preparada desde tiempo atrás y que algún día acabará siendo publicada en forma de un largo estudio con gran cantidad de citas. Me habría gustado someterlo a su lectura, hablarle de él, y me desespera no poder reunirme con usted en un

tiempo en que considero que un encuentro entre ambos habría resultado muy provechoso. Pues me jacto de poder darle buenos consejos ahora que empiezo a conocerle tan bien; ¡que le comprendo tan bien!, y que me preocupo tan amorosamente por darle a conocer: usted vive con una falsa reputación (igual que Baudelaire o que Chopin). Pero no hay nada más difícil que conseguir que el público se retracte de un primer juicio apresurado [...].

Fiel y muy atentamente suyo,

ANDRÉ GIDE

CARTA DE MAX JACOB

*13 de abril de 1933*

Estimado señor:

No vaya a creer que soy un experto en literatura. Yo no he podido saber jamás en qué se distingue una novela bien hecha (como suele decirse) de una novela mal hecha. El último libro que publicó me gustó enormemente, como todo lo que usted publica. Encuentro en él el mismo entusiasmo que, hace dos o tres años, me llevó a recomendar a todo el mundo que leyera sus libros. Lo que me gusta de usted es «el hombre en la multitud», esa manera única de ver al ser en el hormiguero humano, algo que sólo puede proceder de un espíritu muy grande, superior incluso a su obra, por grande que ésta sea [...]. No sé qué ensalzar en usted. Admiré cómo metió toda la Breta-

ña en pocas líneas (y la conozco a fondo) mejor que todos los pseudo-Loti en cien volúmenes. Admiro la sobriedad coloreada y fuerte de sus descripciones, su gusto, su comprensión del detalle expresivo, su documentación justa, la realidad y el realismo de sus libros con los que uno se codea en la calle, calle con la que usted hace patetismo, patetismo muchas veces contenido en un pequeño silencio, una pequeña mirada, etcétera. Yo no soy ningún crítico, pero me gusta admirar, y todavía más decir que admiro. Gracias por haberme mandado este nuevo y hermoso libro. Su dedicatoria es un acontecimiento en mi vida, y un acontecimiento feliz. Para mí son escasos. Gracias y créame su lejano «amigo».

Estas cartas fueron consultadas en el Fondo Simenon del Centro de Estudios Georges Simenon de la Universidad de Lieja. Algunas fueron reproducidas en *Carissimo Simenon, Mon cher Fellini* (Claude Gauter, editor, Ed. de l'Étoile/Cahiers du Cinéma, 1998); *Georges Simenon et André Gide... sans trop de pudeur. Correspondance 1938-1950* (Carnets, Omnibus, 1999), y Jean Renoir, *Correspondance 1913-1978* (Plon, 1998).





## PALABRAS SOBRE SIMENON

«Uno de los grandes escritores del siglo XX».

ROBERTO CALASSO

«Simenon es un gran escritor, uno de los más importantes escritores de este siglo, un novelista inagotable. Cuanto más lo leo, más me recuerda al mejor Balzac, por esta capacidad de invención inmediata, este conocimiento profundo de los medios más disímiles y opuestos del mundo».

ÁLVARO MUTIS

«Todo Simenon es bueno».

MARTÍN DE RIQUER

«No conozco mejor manera de pasar el tiempo divirtiéndome e instruyéndome en un avión entre Niza y Atenas, Rangún y Singapur, que leer una novela de Simenon».

SOMERSET MAUGHAM

«Uno de los escritores más importantes de nuestro siglo».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

«La primera vez que leí una novela de Simenon me quedé impresionado por su extraordinaria calidad. Nunca hubiera imaginado que fuera posible escribir algo como aquello, en un estilo tan simple (sólo en apariencia) y directo».

JOHN BANVILLE

«Creo que Simenon es uno de los mayores escritores del siglo xx, cuyo éxito fue y sigue siendo extraordinario, pero que no fue adecuadamente reconocido. No tuvo el Premio Nobel, a pesar de su evidente superioridad sobre más de la mitad de los que lo han recibido».

JULIÁN MARÍAS

«Un escritor excepcional, como todo el mundo sabe. En realidad es único y no me refiero sólo a nuestra época, sino a cualquier época».

HENRY MILLER

«Hay escritores que admiro muchísimo: habría que hablar cada día del Simenon de los *Pitard*».

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

«El arte de Simenon es de una belleza casi intolerable».

FRANÇOIS MAURIAC

«Lo que asombra de Simenon no es que escribiera tantas novelas, sino el hecho de que prácticamente todas sean magníficas y de que además estén dotadas de algo equivalente a una sustancia adictiva, de una poderosa nicotina literaria en virtud de la cual el interés o la admiración del lector se convierten rápidamente en un hábito».

ANTONIO MUÑOZ MOLINA, *El País*

«Ni usted ni yo somos neuróticos, pues, cuando nuestras angustias son demasiado grandes, usted escribe un libro y yo hago una película».

CHARLES CHAPLIN

«En la obra de Simenon no hay una novela que sea repetición de otra, ni un personaje igual a otro, ni un ambiente repetido e intercambiable».

JOSEP PLA

«La confrontación de Maigret con cualquier novela coetánea, sea o no detectivesca, basta para mostrar su radical originalidad».

PERE GIMFERRER

«Simenon es una de las grandes plumas de la literatura del siglo XX, de la francesa, en lengua francesa, y del mundo entero».

JOAN DE SAGARRA, *La Vanguardia*

«La novela policíaca europea (seguremos Inglaterra al efecto) nace con Georges Simenon, un escritor que rebasa toda clasificación».

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU, *El País*

«Gran Simenon».

FEDERICO FELLINI

«Leo cada nueva novela de Simenon».

WALTER BENJAMIN

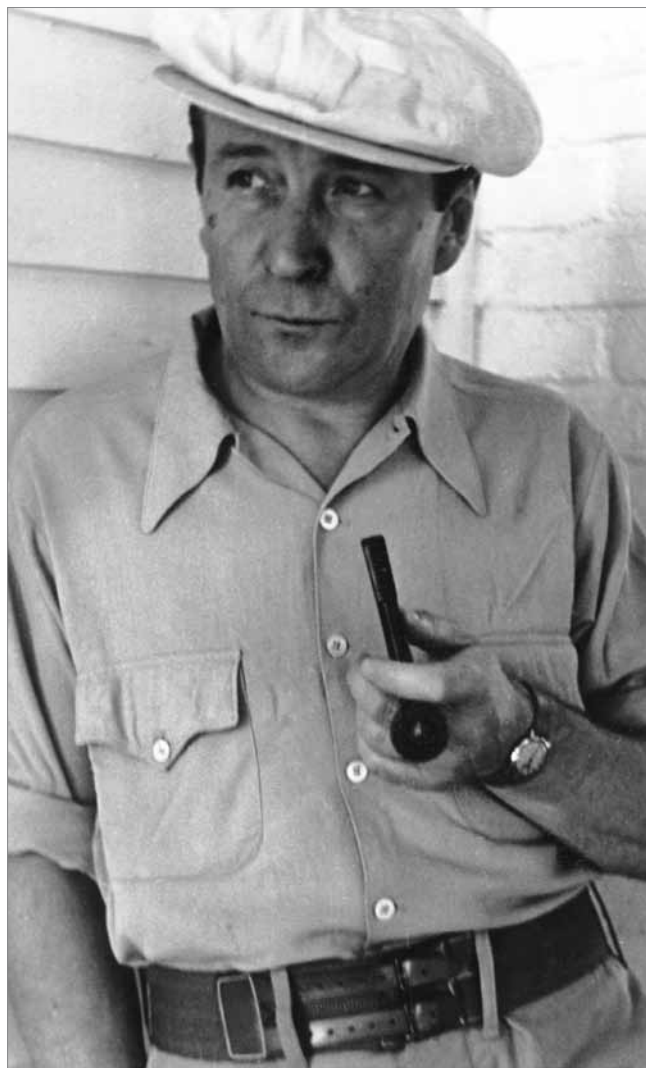
«Considero a Simenon un gran novelista, quizás el más grande y el más auténtico de la literatura francesa contemporánea».

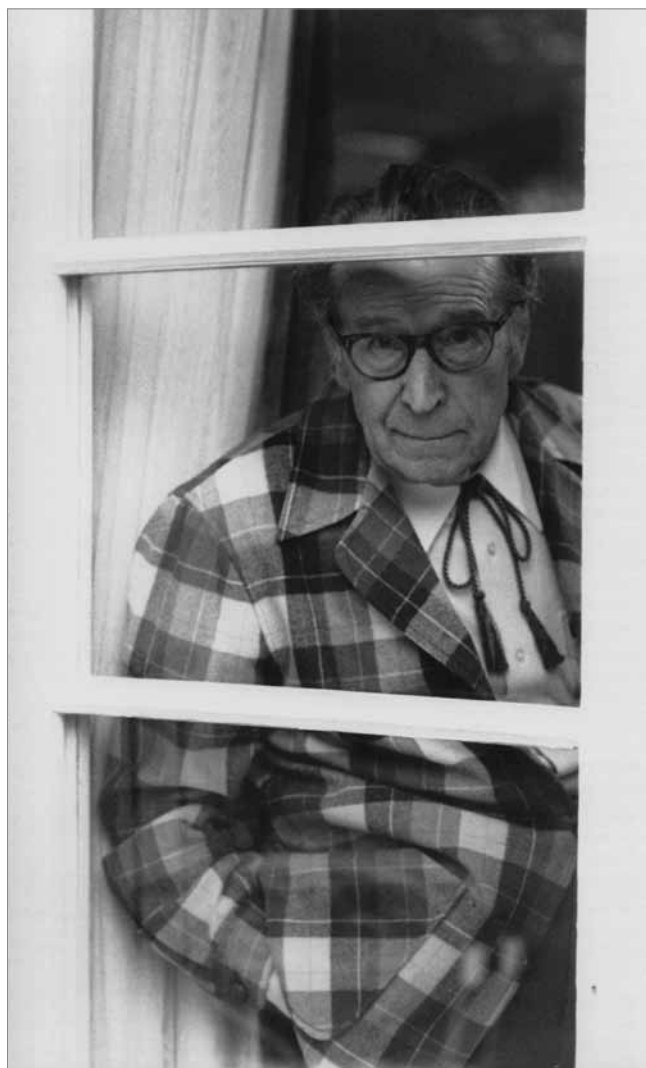
ANDRÉ GIDE

«Adoro leer a Simenon».

WILLIAM FAULKNER







## *Títulos de Simenon en Acantilado*

[www.acantilado.es/personas/Georges-Simenon-1299.htm](http://www.acantilado.es/personas/Georges-Simenon-1299.htm)

